

4

UNA CIUDAD HERIDA: DAÑOS, PÉRDIDAS Y TRANSFORMACIONES

Como se ha visto, las acciones de los distintos grupos armados no se limitaron a las zonas rurales del país. En medio de las violencias y las dinámicas producidas por la confrontación armada, la vida cotidiana de sus habitantes y los usos de la ciudad se vieron trastocados. Este capítulo recoge los principales impactos ocasionados por estas violencias en Medellín entre 1980 y 2014.

Las vidas que se perdieron fueron descritas como la mayor pérdida experimentada por la ciudad en el conflicto armado. La violencia homicida se concentró en las personas jóvenes especialmente (como se mostró en el anterior capítulo) y en los varones de

los barrios periféricos. Esas vidas fueron denominadas en diferentes espacios de memoria como “la generación perdida”.

La imagen de jóvenes que en distintos lugares de la ciudad y su área metropolitana caían día a día dejó una marca en la memoria de quienes hoy se llaman a sí mismos “sobrevivientes” de esa ola de violencia, como lo hace este hombre que, al igual que muchos otros, perdieron a sus amigos, familiares, vecinos, parejas:

Yo se los digo con toda honestidad que soy viviente, superviviente de esa juventud que fue aniquilada, porque muchos de mis amigos murieron en ese momento. Yo diría que sólo por ser jóvenes, porque aparte de la violencia del Estado, el fastidio de la Policía y el temor al Ejército, porque uno estar en una esquina y llegar con la batida, o llegar dando bala (“fumigando”, era la expresión), yo creo que con eso era suficiente. Sin embargo, estaba la otra violencia que empezó a poner el narcotráfico. Yo perdí muchos amigos y ese también soy yo. Yo digo que fue un proyecto de juventud perdida, [...] se perdieron personas supremamente valiosas, de aquellos que no tenían la marca social del delito ni de la rebelión —que tampoco justifico sus muertes—, sino de aquellos que pasaban por la vida silenciosos y construyendo otras trayectorias distintas: la trayectoria del muchacho que llegaba a trabajar como albañil, el que era ayudante de mecánica, el que trabajaba en un almacén [...]. Es la música que se quedó en los barrios populares y de alguna manera la que nos consoló de la desolación que nos producía ser jóvenes sin futuro, porque ninguno apostaba por nosotros [...] (CNMH, hombre, taller de memoria con personas mayores de 40 años, 2015).

Un artículo de prensa de 1992 se preguntaba “¿acaso es delito ser joven?”, haciendo eco de los cuestionamientos que habitantes del barrio Villatina realizaron en torno la masacre cometida en aquel barrio por miembros la Policía Nacional en la que perdieron la vida 9 jóvenes. Los años venideros no fueron mejores, entre 1993 y 2005 hubo en Medellín

una reducción notable de la población joven masculina entre 15 y 30 años (Sardi, 2010, página 340). De modo que ese “proyecto de juventud perdida”, como fue nombrado, es irreparable, al igual que incalculable es el impacto que esto ha tenido en la ciudad.

¿Acaso es delito ser joven?

Una pregunta que se repitió en cada lugar de Villatina
En ese barrio, hombres armados asesinaron a 9 muchachos

Una de las mesetas de la comunidad Hermanas de la Asunción, que desarrollan su labor pastoral en el barrio Villatina, decía que la única explicación que tiene una masacre como la ocurrida el domingo en esa parte del oriente de Medellín, radica en que en esta ciudad viven personas que piensan que ser joven en un barrio popular es algo malo, algo que hay que extremar a punta de respaldos de fusil.

Ella es la coordinadora del grupo Jóvenes Caminantes Constructores del Futuro, al cual pertenecían 6 de los 9 muchachos arrojados a tiros a las 8:45 de la noche del domingo, cuando departaban en un granero situado a una cuadra de la pequeña iglesia del sector.

Esos seis juveniles, desde hacía unos dos años venían colaborando con la parroquia en la organización de las fiestas de los niños, la Semana Santa y la navidad. “Ellos estaban en un proceso de formación personal, de conocer el barrio e integrarse a las actividades colectivas”, explicó la hermana que los dirigía.

Algunos de ellos, junto a otros de los que murieron, hacían parte del equipo de fútbol del barrio y en horas de la tarde habían jugado un partido en la unidad deportiva de El Estadio, dentro de las Olimpiadas Comunitarias.

Desde ayer temprano, vecinos de Villatina hicieron un llamado a la Administración Municipal de Medellín, para que se extendiera ayuda a algunas familias de los jóvenes muertos, pues carecen por completo de recursos para sufragar los costos que demanda el entierro.

ATAQUE A MANSALVA
 No hay una sola explicación sobre el por qué del crimen, sabe aquella que da cuenta de la ceguera de todos aquellos que movían la violencia en Medellín. Sin reparar que a tan temprana hora de la noche las empuñadas calles del barrio estuvieron llenas de personas, un grupo compuesto por unos doce sicarios llegaron en tres automóviles Mazda de colores gris, rojo y blanco; y se detuvieron en la Tarde Mixta La Cebada, en la esquina de la calle 54 con carrera 17.

Descendieron de los carros empuñando fusiles y pistolas, gritaron a los muchachos que había en el lugar que se tendieran en el piso y les dispararon varias ráfagas. El propietario del establecimiento se salvó milagrosamente, pues es el precioso instante estaba en el baño.

De manera inmediata fallecieron Johnny, Alberto, Vallejo



Escenario de los hechos
 A las 8:45 de la noche del domingo, en esta esquina de Villatina se detuvieron los sicarios, iban en tres automóviles y portaban armamento de largo alcance. Cuando una patrulla del Ejército se hizo presente en el lugar, los asesinos abordanon los vehículos y huyeron.



Penoso velorio
 Cuatro de los cadáveres son velados desde el comienzo de la tarde de ayer en la iglesia de Nuestra Señora de Santa Teresita, ubicada a una cuadra del lugar de donde ocurrió la masacre. Varias de las familias solicitaron ayuda a la Administración Municipal, pues no cuentan con recursos económicos para el sepelio.

CORTO ENFRENTAMIENTO
 El estruendoso sonido de las armas puso en alerta a los soldados de una base instalada a unas cuatro cuadras del lugar. Unos 15 reclutas se dirigieron al lugar y alcanzaron a hacer algunos disparos contra los sicarios.

otra pequeña tienda, murió Ángel Alberto Baños Miranda, de 16, quien junto a Nelson Duvan Piérez Villa, de su misma edad, fueron alcanzados por los proyectiles disparados por los sicarios. Familiares de ambos indicaron que se había detenido

MOVIMIENTO JUVENTUD LA CIBOLA BIA

MOVIMIENTO JUVENTUD LA CAÑALERA

JUNTA DE DEPORTES
 ACCIÓN COMUNITARIA
 VILLA ITZA

CUATRO DE LAS VÍCTIMAS... SIMPLÉS MUCHACHOS DEL EQUIPO DE FÚTBOL DEL BARRIO. TODOS ERAN ESTUDIANTES.

“¿Acaso es delito ser joven?”. Fuente: *El Colombiano*, 17 de noviembre de 1992, página 2A.

Pero el repertorio de violencias de los actores armados no se limitó al asesinato. Otras formas de victimización han producido distintos impactos en las personas, en las comunidades, en los territorios y en la ciudad,

los cuales se expresan a través de huellas o marcas en la cotidianidad de la vida urbana y de las memorias de la ciudadanía. Podríamos afirmar que algunos de ellos se han constituido en pérdidas, algunos como daños y otros como transformaciones.

Se identifican como pérdidas cuando son irreparables, como es el caso de las vidas que la guerra se llevó y los elementos materiales o simbólicos que las personas tuvieron antes del conflicto y que nunca volverán. Otros se consideran daños, es decir, “el resultado de acciones criminales que vulneran los derechos de una persona o de una colectividad”, causan sufrimiento a las víctimas y afectan todas las dimensiones que soportan su vida íntima, familiar, social, política, cultural y productiva (CNMH, 2014, página 10). Otros impactos son identificados como transformaciones, entendidas como cambios que se han producido en las comunidades y en la ciudad, en los cuales el conflicto armado ha desempeñado un papel preponderante, pero de los que no es posible afirmar que respondan de manera unidireccional a las violencias asociadas a aquél, pues en ellas han concurrido diversos factores, algunos de los cuales se relacionan con cambios que trascienden el ámbito local.

Los impactos generados por el conflicto armado han sido múltiples. Estos han recaído sobre las víctimas directamente afectadas por alguna de las modalidades de violencia, aunque no de manera exclusiva. El conflicto armado también ha producido profundos efectos en la vida colectiva y en lo que se puede llamar el derecho a la ciudad. El miedo se ha convertido en un sentimiento colectivo preponderante y ha moldeado las subjetividades, las relaciones sociales y los usos de la ciudad. Al tiempo, la desconfianza ha deteriorado el tejido social. La vida se ha visto constreñida, la participación política limitada y la estigmatización sobre grupos sociales y territorios, recrudescida.

No sólo el miedo habitó la ciudad, también lo hizo la tristeza, la rabia, la impotencia y el deseo de venganza, un conjunto de emociones gene-

radas por la experiencia directa o indirecta de las violencias asociadas al conflicto armado que transformaron las subjetividades de la ciudadanía, así como las maneras de ser y estar en la ciudad.

Aunque es posible afirmar que las violencias asociadas al conflicto armado golpearon a todo Medellín, si se tiene en cuenta la concentración en lugares específicos de la ciudad y contra ciertos perfiles de personas, es preciso considerar la existencia de unas afectaciones diferenciadas, como se verá a lo largo de este capítulo.

4.1.

Una ciudad con miedo

La pérdida de vidas en la ciudad, la preocupación por el riesgo de los jóvenes, la magnitud y la cercanía de las experiencias de violencia, la diversidad de formas de victimización y el temor a que “algo me pase” o a alguien cercano han generado impactos profundos en la emocionalidad individual y colectiva de las personas, las comunidades y la ciudad. A pesar de que la violencia se haya hecho cotidiana y de que la ciudadanía haya desarrollado una cierta adaptación a ese orden de cosas, la ocurrencia de hechos violentos no ha dejado de causar conmoción en el entorno. Esta reiteración de las violencias produjo poco a poco un ambiente marcado por emociones colectivas vividas en medio de las dinámicas de la confrontación armada.

A medida que se intensificó en Medellín la presencia de grupos armados en los territorios y, con ello, se desbordaron los hechos de violencia en la ciudad, creció entre su población una sensación de miedo, no sólo por lo que pudiera ocurrir, sino también por la angustia, la incertidumbre y la zozobra que experimentaban amplios sectores de la ciudadanía al no entender lo que pasaba y quiénes estaban detrás de los hechos violentos.

Las huellas del miedo se han expresado en las memorias de personas provenientes de lugares muy distintos de la ciudad y de edades muy diversas, incluso de muchos jóvenes a quienes esa época no les tocó pero que han heredado esta carga emocional. En un taller con investigadores e investigadoras de la violencia se decía que “los que vivimos en Medellín siempre vamos a tener esas imágenes de Medellín; aunque tengamos diferentes edades hay muchas cosas en común, el miedo lo nombramos casi todos” (CNMH, taller de memoria con equipo de investigación, 2015).

El miedo se experimentó primero en las zonas de la ciudad donde los actores armados se hicieron visibles con acciones que afectaron la cotidianidad de sus habitantes, como fue el caso de la zona nororiental en la década de 1980 (Angarita, Jiménez y otros, 2008). En ese momento todavía el problema de la violencia parecía circunscrito a barrios periféricos. Sin embargo, el tipo de acciones comandadas por el Cartel de Medellín hizo que la confrontación se sintiera en toda la ciudad. Entonces el miedo se desató y produjo incertidumbre en la ciudadanía: “el miedo fue creciendo, y una cosa que tengo muy clara es la incertidumbre, uno no sabía qué le iba a pasar” (CNMH, joven artista, grupo focal, 2015).

La confusión y la ausencia de una comprensión clara de lo que ocurría por parte del común de la ciudadanía produjo que la sensación de temor generalizado oscilara entre el miedo y la angustia. Según Delamau (2002), “el miedo tiene un objeto preciso al cual se le puede enfrentar ya que está bien identificado”, mientras la angustia, al contrario, “es una espera dolorosa frente a un peligro aún más temible que no se identifica claramente” (página 10). Esas sensaciones de no entender lo que ocurría y de zozobra en medio de un ambiente confuso aparecen de manera reiterada en los relatos de memoria recopilados para este informe. Por ejemplo, una persona participante en un grupo de maestros y maestras narra lo siguiente a propósito del miedo generalizado de los años noventa:

Era una violencia que hacía que uno por las noches temiera salir a la calle y que encontrarse con una camioneta con vidrios polarizados después de las 9 o 10 de la noche era casi que ver la muerte de frente, ¿cierto? A mí me pasó que un día en una rumba fuimos dizque por una grabadora a mi casa y nos fuimos unos amigos para otra casa a escuchar música, y pasó precisamente una camioneta despacio y todos nos quedamos como conteniendo la respiración, y cuando la camioneta giró todos ahí mismo como que resucitamos y salimos corriendo para la casa del amigo. Era una época donde podía ser el cura de la cuadra que estaba ahí, pero el hecho de que fuera una camioneta con vidrios polarizados era ya como sinónimo de muerte, era una década de mucho miedo (CNMH, hombre, taller de memoria con educadores y educadoras, 2015).

Las estrategias adoptadas por el Estado para la garantía del orden público, como los toques de queda y las “batidas” (redadas), más que protección, aumentaron la percepción de inseguridad. Así lo expresan múltiples relatos, como el de este empresario, quien señaló que:

Recuerdo la época de las bombas que nos ponían, [toques de quedas] todos los días o cada dos o tres días, quedaba una situación de pánico en la gente que prácticamente la gente se volvió histérica. Fue una cosa descomunal, no salíamos a la calle, [...] en ese tiempo uno salía por la mañana y no sabía si regresaba por la noche [...]. Fue muy duro realmente, uno pensaba que no podía sobrevivir y veía a amigos con unas dificultades tremendas [...] es que la gente creía que no teníamos futuro ya (CNMH, entrevista a empresario, 2016).

De modo que, más allá de las medidas estatales orientadas al orden público, las personas optaron poco a poco por el encierro como una estrategia de protección de sí y de sus seres cercanos. Las relaciones sociales y el uso de la ciudad se vieron constreñidos en medio del miedo generalizado, como lo narra un grupo de personas que vivió de primera mano la ola de violencia que se desató en la ciudad:

No es ni siquiera que salieran anuncios de prensa que dijeran: “Ustedes no pueden salir a cine después de las 6 de la tarde, no pueden salir en las madrugadas o salir al centro”, sino que era algo autoimpuesto, muchísimas veces por las mamás, por las esposas, por los esposos, otras veces por personas que tenían poder (CNMH, hombre, taller con personas mayores de 40 años, 2015).

A medida que el conflicto armado se agudizó en la ciudad, los sectores económicos más altos empezaron a sentir que la violencia también les tocaba y el sentimiento de estar permanentemente en riesgo los alcanzó, tal como lo narró un empresario de la ciudad:

En esos años del ochenta y ocho al noventa y pico los presidentes de Unibán, de Banacol y de Probán¹⁵⁰ tuvieron que tener carros blindados. Todos tenían, tanto en Medellín como en la zona, las oficinas protegidas. Entrar a las oficinas de Banacol o Unibán era muy difícil porque tenían filtros de seguridad, porque había cincuenta mil cosas. A Mineros de Antioquia de la época, que ahora se llama Mineros S.A., en el edificio le pusieron una bomba, [...] y entonces la cosa pa'l empresariado fue muy complicada. Lo de Sofasa¹⁵¹ [...] el impacto de la guerrilla de las FARC, del EPL y del ELN con el empresariado antioqueño fue muy fuerte en Medellín. En las oficinas de Medellín las juntas directivas se tenían que cuidar, las presidencias y las gerencias de las comercializadoras y de algunos bananeros grandes eran fortines y el enemigo era la guerrilla. [...] Ahí había una oficina de Augura, a esa también le pusieron una bomba y hubo intentos de fusilamiento o ataques, y eso fue la guerrilla en Medellín, en El Poblado, al frente del Club Campeste y al lado de la iglesia Santa María del Rosario, la guerrilla metida aquí (CNMH, entrevista a empresario, 2016).

150 Empresas comercializadoras de productos alimenticios, principalmente banano y plátano.

151 Empresa dedicada al ensamblaje de automóviles Renault en el país.

El miedo llevó inscrito el correlato de la seguridad. La “seguridad” se convirtió en la respuesta al miedo y fue un factor central en el escalamiento de la confrontación armada en Medellín. Distintos actores armados se autodesignaron como la solución al problema, y la sensación que sentían amplios sectores de la ciudadanía fue usada para legitimar su presencia y sus acciones en la ciudad y sus territorios. El caso de la operación Orión en la comuna 13 es emblemático de la asociación miedo-seguridad y, especialmente, de la manera como el miedo generado por las acciones de violencia y la confrontación desplegadas allí se propagó en toda la ciudad.

Intensidad del conflicto riega el temor por el resto de la ciudad

Costas y

El sufrimiento de los chicos

Entre los heridos se encuentran ocho menores de edad y varios ancianos, atrapados en las confrontaciones.

Mujeres cargaban a heridos

Decenas de mujeres corren en medio de las balaceras para poder llevar a los heridos al hospital.

Alerta amarilla en hospitales

La Secretaría de Salud declaró en alerta amarilla la red hospitalaria de Medellín ante la gravedad de los hechos.

Cinco muertos y 22 heridos

Un civil y cuatro militares muertos, 19 civiles heridos —ocho de ellos menores de edad—, tres militares heridos, y un número no precisado de insurgentes muertos y heridos dejaron los combates en la Comuna 13, la mayoría provenientes del sector del 20 de Julio, Belencho, Corazón y Nuevos Conquistadores. Los muertos fueron identificados como Diego Alexander Salazar, de 17 años (civil), el teniente de las Fuerzas Especiales del Ejército, Marco Alonso Villegas; los soldados Juan Carlos López Grisales y Johnny Enrique Alvarez y el teniente de la Policía, Diego Andrés Acosta. Mientras que resultaron heridos Adriana María Mazo, 21 años; John Jairo Marin, 48; Leoncio Florez Lopez, 32; Wilmar Cano Rodriguez, 23; Johnatan González, 8; Germán de Jesús Montoya, 70; David Elias Aristizabal, 52; Carlos Alvarez Jaraba, 50; John Jairo Torres, 10; María Oliva Céspedes, 66; John Jairo Guapacha, 20; María Cristina Rivas, 18; Novedy Torres, 9; Pablo Alonso Rodríguez, 15; Snelder Steven Ospina, 11; Magyver Restrepo Giralko, 14; Rainer Moreno, 22; Elkin Alberto David, 33; Victor Alfonso Casas, 14; Edilberto Oriate Daza, 22; Oscar Alexander Morales, 21 y Juan Montoya Pisco. La mayoría de los heridos no había sido dada de alta ayer en la noche dada la complejidad de sus lesiones, la mayoría por impactos de fusil en el abdomen, las piernas, los brazos y la caja torácica. Viente de ellos fueron atendidos en la Unidad Intermedia de San Javier donde el personal médico solicitó colaboración de otras unidades dada la gravedad de la emergencia. La Cruz Roja solicitó a la ciudadanía agita para donar sangre, que se acerque a sus instalaciones y lo haga. Entre tanto, se decretó la alerta amarilla en todos los hospitales.

En la Unidad Intermedia de San Javier y otros centros hospitalarios los médicos no sólo atendieron ayer lesiones por disparos de fusil. Muchas personas ingresaron en “shock” producto de la angustia, el miedo y la tensión.

📷 “Intensidad del conflicto riega el temor por el resto de la ciudad”. Fuente: *El Colombiano*, 17 de octubre de 2002, página 3A.

Ese sentimiento generalizado e invasivo de miedo ha sido uno de los impactos más fuertes del conflicto armado en la ciudad. Ese miedo detonó relaciones de desconfianza hacia las demás personas y, a su vez, los sentimien-

tos de desconfianza fueron un factor importante en el debilitamiento del tejido social y comunitario (Villa, Jaramillo y Sánchez, 2003, páginas 150-151). La incorporación del miedo en la subjetividad de la ciudadanía ha limitado la acción colectiva de un amplio número de personas en la ciudad que ven en ello un elemento de peligrosidad para la vida:

Se vuelve realidad personal y se vuelve realidad familiar, salir y no saber si volvíamos o no volvíamos a la casa [...]. Obviamente se produce la expansión del miedo como forma de relación, el miedo se vuelve una forma de relación con el uno y con el otro, generado por la inseguridad, pero también trayendo como consecuencias indiferencias, apatías [...] (CNMH, hombre, taller con personas mayores de 40 años, 2015).

El temor y la desconfianza hacia los “otros”, hacia las personas distintas, y la consecuente dificultad para construir lazos de solidaridad provocaron la pervivencia de un constante estado de alerta que se manifestó en expresiones de trato hostil con los demás, el cual se ha exacerbado hacia sectores de la sociedad que aún cargan con los estigmas producidos o reforzados por la confrontación armada. En este sentido, se produjo “una apelación a la desconfianza, como forma de sobrevivencia urbana” (Villa, Jaramillo y Sánchez, 2003, página 151).

4.2. **Una ciudad que acuna la desconfianza**

En medio del ambiente de miedo, zozobra e incertidumbre que se produjo durante los años críticos de la confrontación armada en la ciudad, las relaciones interpersonales entre sus habitantes, al igual que los espacios de encuentro y las formas de cohesión comunitaria, se vieron transformadas. Este impacto es notorio principalmente en los barrios

periféricos de la ciudad donde las violencias y las dinámicas asociadas al conflicto armado fueron más crudas. Como ya se señaló, la cotidianidad de las violencias y las dinámicas que desencadenaron en el día a día produjeron un repliegue en el uso del espacio público por parte de la ciudadanía. En medio de este ambiente creció una sensación de desconfianza hacia las demás personas en la escala territorial, así como también en la escala de la ciudad (Blair, 2008).

Habitantes de distintos barrios señalaron como uno de los daños más visibles la afectación del tejido social y la cohesión comunitaria que caracterizó los primeros años de la formación de muchos de los barrios de Medellín, como los de la zona noroccidental y nororiental en las décadas de 1960 y 1970, o de los barrios más periféricos de las zonas centro-oriental y centro-occidental años después. En estas memorias se puede ver un especial cariño hacia la época de los llamados “convites”, donde grupos de personas se reunían para gestionar la infraestructura del barrio, como escuelas, iglesias, centros de salud, casas barriales, calles, entre otros, y también para ayudarse entre sí a construir las casas donde cada familia vivía.

El grueso de la población que se estableció en estos barrios provenía de zonas rurales de Antioquia y de departamentos cercanos. Muchos llegaron huyendo de la violencia bipartidista, otros persiguiendo la posibilidad de un futuro mejor y de nuevas oportunidades de formación para sus hijos e hijas (CNMH, 2011, páginas 54-58). En medio de ese sueño compartido entre muchos se construyeron solidaridades barriales que buscaban gestionar y construir ese territorio colectivo, como lo deja ver el relato de un líder de la zona noroccidental de la ciudad:

Es un barrio que va a vivir mucho la solidaridad en la organización de las casas: si el vecino va tirar la loza, entonces hay que ayudarle a entrar la arena, hay que ayudarle a entrar el cemento, hay que ayudarle a entrar los adobes y hay que ayudarle a echar

a plancha. Hay solidaridades por ejemplo para el tema del agua: el agua no llegaba todos los días, había unas pilas en la esquina, y bueno, yo no recuerdo exactamente en qué año llegó la luz, pero eso fue llegando y poco a poco se van abriendo las calles, y primero se abren en tierra y después se le hecha un afirmado y después se pelea por la pavimentación. Todo eso estaba consolidado (CNMH, entrevista a líder de la zona noroccidental, 2015).

Estas personas llegaron a la ciudad con un arraigo importante en las tradiciones culturales de las zonas de las que procedían. Estas no eran homogéneas, sin embargo, había en ellas rasgos comunes que confluieron e intentaron pervivir, como era el caso de los rituales religiosos colectivos o de espacios cohesionadores diversos, como las fiestas en la calle o el carnaval:

Todos terminamos alrededor de la propuesta comunitaria, había mucha cohesión por parte del proceso, del proyecto, de lo que se hacía ahí [...]. Había gente que tenía un poco más de dinero y tenía otra perspectiva de juntarse con los otros. Desde siempre hubo sectores comerciales un poquito más destacados, era gente con otras perspectivas, pero los otros que estaban en ese asunto de la casa, conseguir un mejor empleo, mejor vivienda, ir consiguiendo lo básico, la pavimentación de las calles. A mí me tocaron muchas calles destapaditas. Había mucha cohesión, ir a misa era un evento categórico, ir a la cancha a ver jugar el campeonato de los domingos era el evento, era todo un paquete: misa, partido de fútbol, si tenía uno con qué, comerse algo por ahí o juntarnos todos en la casa de la abuela a comer. Y no sé si en casa de las otras personas era así, pero nosotros nos juntábamos en la casa de la abuela 20 o 30 a ver Sábados Felices, a ver una película, y los ritos pues sociales, pues 24 y 31, el 24 y 31 eran unos carnavales, todo el barrio era un carnaval completo (CNMH, mujer, taller de memoria con empleados del sector financiero, 2015).

Aunque había conflictos en los barrios, tensiones entre vecinos y problemas cotidianos, la vida en estos territorios estaba marcada por un profundo deseo del futuro mejor que la ciudad prometía, y la formación de estos vínculos de solidaridad hacía parte del camino para la materialización de esos sueños. A medida que las dinámicas asociadas al conflicto armado se intensificaron, especialmente en los dos períodos de crisis descritos anteriormente en este informe, las solidaridades barriales se fueron diluyendo y empezó a ganar terreno un ambiente de desconfianza, al tiempo que se reducían los espacios y los ritos de cohesión comunitaria en los barrios más afectados.

Aunque en el conflicto armado en Medellín han tenido participación personas exógenas que “llegaron” a los territorios provenientes de otros sitios, como ocurrió en algunos casos de las milicias y con las estructuras paramilitares, los grupos armados han estado integrados, fundamentalmente, por los jóvenes que crecieron en distintos barrios de la ciudad (Salazar, 1990; Riaño, 2006). En muchas ocasiones los enfrentamientos han tenido como protagonistas a los propios vecinos, a los amigos de infancia y a los familiares, de manera que la sociedad civil no ha estado lejana a la cotidianidad de la confrontación. En los barrios con mayor concentración y presencia de grupos bélicos, las violencias se han vivido como próximas, incluso para quienes no las han sufrido de manera directa, para quienes la violencia “les ha pasado de lado”.

Por esta característica del conflicto en la ciudad, las relaciones en el territorio estuvieron marcadas por el odio y el resentimiento entre jóvenes, entre familias, entre una cuadra y otra o entre barrios vecinos. Los más simples conflictos cotidianos —como los celos, la envidia, una burla o un insulto— llegaron a desencadenar amenazas, desplazamientos y enfrentamientos armados. Los problemas crecían como una bola de nieve. Lo que pasara con alguien producía una retaliación por parte suya o de sus allegados, que a su vez era respondida por el “bando contrario”, lo

que producía una suerte de círculo vicioso alimentado por el deseo de venganza.

De este modo, lo que podríamos denominar los móviles “rationales” del conflicto, es decir, los aspectos ideológicos que configurarían los repertorios discursivos de cada grupo armado, se entremezclaron con una serie de emociones que se producían en medio del conflicto armado en la ciudad. Como se verá, en las comunidades crecieron los resentimientos a medida que las situaciones que detonaban violencias o enfrentamientos estaban más definidas por tensiones vecinales y deseos de venganza. De esta manera narraron los habitantes de los barrios la guerra fratricida que se desató en la ciudad a raíz de la presencia y las acciones de los actores armados.

Es que eso era una bola de nieve horrible, porque entonces en el velorio (...) como a mi primo lo querían tanto en el colegio porque era el niño juicioso, demás que fumaba marihuana y toda la cosa, porque yo no voy a decir, como de todos los muertos, que era un santo, pero a comparación de todos esos pelaos de por allá él era súper juicioso en el colegio, tenía sus amigos como más sanitos. Pero entonces los del colegio lo querían, “porque vea que este joven no se deja convencer de nadie”. Y entonces en el velorio llegó un grupo que uno los reconocía, de manes como raros que le decían a la mamá de mi primo: “¡Ah! Tranquila, que nosotros sabemos quién fue ese hijuemadre que lo mató”, y ella les decía: “No, deje eso así que Dios se encarga de todo”. La misma mamá les decía: “No, es que van a seguir con una bola de nieve que no se va a acabar nunca”, y ellos: “No, que cómo así, que Andresito, que tal”. Entonces ellos tenían como unos ritos ahí raros, entonces le iban a amarrar una cosa en el pie al muerto que porque eso era una promesa de que mataban al que lo mató en no sé cuánto tiempo. Entonces la mamá: “No, no, déjemelo tranquilo, no me lo coja”, porque ellos llegaron y lo sentaron ahí muerto y lo peinaban, y entonces ella decía:

“No, pero pues ya se murió, déjenlo tranquilo”, pero los mismos que prometieron eso, pues sí, efectivamente (...) no fue a los meses, pero sí como al año, lo mataron y fueron a la casa de mi tío y le dijeron a la señora: “Ah, vea, tranquila que ya lo matamos”. Y ella: “Pues es que yo no necesitaba eso”. Antes ella como que sentía más angustia por cómo estos muchachos se estaban matando entre ellos pues. Y entonces ya el hermano mayor de ese dijo que iba a matar al que mató a (...). No, pues, ¡eso era una bola de nieve impresionante! (CNMH, mujer, taller de memoria con empleados del sector financiero, Medellín, 2015).

El miedo a las violencias, los odios que se tejían, la angustia y la zozobra producidas por el caos y la confusión estimularon en las personas una actitud de alerta, una cierta crispación colectiva que se activaba ante cualquier eventualidad. Problemas cotidianos, como si fueran una chispa, encendían los ánimos y la disponibilidad de armas que existía en su territorio lo hacía más grave. En medio de ese estado, la resolución de los conflictos cotidianos llegó a estar definida por la facilidad para conseguir los medios para acabar con la vida de los demás. La intensidad de estas emociones y la disponibilidad de las armas dificultaban la creación de condiciones para una resolución no violenta de los conflictos cotidianos en algunos territorios de la ciudad. Este impacto, como lo expresa el siguiente relato, apareció desde la conformación de las bandas barriales y las milicias en los barrios, continuó con la presencia de los paramilitares y las acciones de organismos de seguridad del Estado para recuperar el monopolio de la fuerza en los territorios y está vigente, aún hoy, con la pervivencia de estructuras criminales en la ciudad:

Es que también la violencia que todavía se sigue generando en los barrios por los combos, que todavía cualquier problema antes que solucionarlo con los vecinos, el otro te dice “Ah, yo te echo a los pelados”, porque ellos tienen la legitimidad, pues son ellos los que todavía cobran las vacunas y que eso viene de generación en

generación. En Moravia me tocó mucho lo de las milicias, lo que hablaba anteriormente el compañero de la Curva del Diablo, que mucha gente que venía de fiesta los fines de semana tenía casi que andar por la orillita, porque cualquier cosa que hiciera y que no estuviera de acuerdo a lo que dijeran en el barrio, inmediatamente la desaparecían e iba a parar en la Curva. Y me tocó ver pues muchas muertes de gente que estábamos bailando y en un momento salían peleando porque no le caías bien o no venías del barrio y ahí mismo (...) dizque para crear ejemplo ante los demás (CNMH, hombre, taller de memoria con personas de los sectores afro, 2015).

El ambiente de desconfianza descrito anteriormente terminó por deteriorar los lazos y el tejido social comunitario (Hincapié, 2008). La ausencia de ciertas personas a causa de los asesinatos, las desapariciones y los desplazamientos, hizo que las comunidades perdieran figuras aglutinadoras, muchas de las cuales se habían ganado un reconocimiento en la comunidad por su activa participación en la creación de los barrios. Algunas de estas figuras eran líderes religiosos, integrantes de sindicatos, educadores y educadoras, entre otros. Adicionalmente, la instrumentalización de la sociedad civil como objetivo de los grupos armados generó una intensa disputa por el control de las organizaciones comunitarias, sociales y de defensores de derechos humanos en la ciudad.

4.3.

Una ciudad dolida

Como se ha visto, las dinámicas y las violencias asociadas al conflicto armado produjeron grandes impactos emocionales en la ciudadanía, los cuales han sido experimentados de manera individual por las víctimas, pero también de manera colectiva por sus entornos familiares, comunitarios y urbanos. Algunos de estos impactos han sido debilitantes e incluso paralizantes, como la tristeza, el dolor, la culpa o la vergüenza, mientras que

otros, como la rabia o el deseo de venganza, se han vuelto un motor que, en ocasiones, ha retroalimentado las dinámicas del conflicto.

4.3.1.

Las huellas del sufrimiento: tristeza y dolor

El dolor y la tristeza producidos por la ausencia de quienes murieron o fueron desplazados, desaparecidos, secuestrados, violentados sexualmente o forzosamente reclutados, abundan en las memorias de familiares, amigos y amigas, vecinos y vecinas.

Los familiares y amigos de las víctimas de asesinato y desaparición forzada insistieron reiteradamente en los relatos recogidos para esta investigación en cómo la ausencia de sus seres queridos transformó su vida. Estos sentimientos se ven agravados por la imposibilidad de elaborar un duelo cuando no se conoce el paradero de su ser querido. El dolor y la tristeza se han expresado en la pérdida de motivación para seguir con las actividades cotidianas, la alteración del sueño y la hostilidad para relacionarse con otras personas.

Para muchas personas, los seres que perdieron representaban importantes figuras de soporte económico y afectivo. La concentración de víctimas mortales en los varones hizo que, en medio de una sociedad tradicionalmente patriarcal —donde los hombres solían cumplir el papel de proveeduría económica, mientras las mujeres se hacían cargo de las labores domésticas y de cuidado— las mujeres debieron asumir roles inesperados después de la muerte de los suyos. Esta transformación se materializó de manera importante en el hecho de que muchas tuvieron que asumir cargas laborales y económicas para las cuales no estaban preparadas, pero que finalmente abordaron con determinación. Si bien a algu-

nas mujeres esta lucha les produjo satisfacción al lograr sobreponerse, en otras lo que dejó la experiencia fue la descompensación emocional y una constante sensación de abandono, cansancio y desolación. La esposa de un agente de la Policía asesinado durante la época del plan pistola desatado por Pablo Escobar, por ejemplo, después de exaltar las cualidades de buen padre de su esposo, relató así el impacto emocional en ella y su hijo:

Ese niño tiene una discapacidad cognitiva y todos esos problemas fueron agudizándole mucho más su dificultad. [...]. Llegó un momento en que yo empecé a ir a citas psicológicas con él en el Centro Neurológico de Antioquia —me acuerdo que me pagó la cita una tía—. Y me dice la psicóloga: “Es que usted necesita más tratamiento que su hijo”. Era tanta la situación que yo no paraba de llorar, era metida en ese cementerio y me tuve que meter un año a tratamiento psicológico y psiquiátrico. [...] Era un drama impresionante el que uno vive, y yo era: “Bueno, ¿aquí que hago?” [...]. Una desolación, una tristeza, una angustia, una preocupación de toda la vida (CNMH, mujer, taller de memoria con familiares de la Policía, 2015).

En medio del duelo y la tristeza, una sensación de luto continuado se tomó la cotidianidad de la vida familiar y comunitaria. Las actividades y los rituales —como la celebración de cumpleaños o de fechas especiales como la Navidad o el Año Nuevo— se dejaron de realizar. Los habitantes de los territorios más afectados, como las familias del barrio La Loma (corregimiento de San Cristóbal), lo narraron como una pérdida: “ya no era igual”, “se sentía como si ya no hubiera nada que celebrar”. En las memorias de las víctimas es recurrente este cambio en las dinámicas familiares:

Desde la muerte de mi hermano cambió la situación en mi casa, mi mamá cambió, en mi casa ya no hay Navidad, en mi casa ya no hay tanta alegría como había antes cuando él estaba vivo, porque mi mamá dice que él se le llevó parte de la vida de ella, entonces para mí

ha sido muy triste [...] aunque ha habido demasiadas muertes en mi familia, esta es la que más me ha llegado al alma, porque a raíz de la muerte de él ha cambiado mucho, mucho, en mi casa, no tanto cuando nos desplazaron, pero esta muerte nos ha dolido mucho, demasiado, [...] entonces por eso es que a mí me ha llegado más al alma esta (CNMH, mujer, taller de memoria con habitantes del barrio La Loma, 2015).

Muchos de los asesinatos, desapariciones e incluso hechos de violencia sexual, fueron cometidos frente a las propias familias. Las crudas imágenes de jóvenes que fueron arrebatados de sus hogares y nunca más volvieron a sus casas con vida, de chicos del barrio asesinados frente a los ojos de sus familiares y amigos, o de mujeres violentadas sexualmente frente a sus hijos e hijas, quedaron marcadas en la memoria de muchas personas que vivieron los años críticos del conflicto armado en la ciudad. Estas imágenes, según muchas voces, vuelven una y otra vez a la mente, y se niegan a marcharse.

Otras víctimas narran el dolor que les produjo la sensación “de perderlo todo”, refiriéndose no sólo a la precariedad producida por la pérdida material de sus casas y enseres —como en el caso de las personas desplazadas— sino fundamentalmente por lo que representaban esos bienes en relación con sus seres queridos: los recuerdos que allí habitaban, las memorias familiares que guardaban, la sensación de “un lugar propio”. En las memorias de las víctimas es recurrente la nostalgia cuando se narran hechos como el desplazamiento forzado:

Es que no solamente es que lo desplazan a uno y ya, y perdió su casa. No. Cuando a uno lo desplazan no solamente pierde la nevera, sino que pierde sus vecinos, sus amigos, su comunidad política, el entorno [...] se pierden muchas cosas (CNMH, mujer, taller de memoria con víctimas del conflicto armado, 2015).

De allí que la tragedia del desplazamiento forzado no sólo haya significado para quienes lo vivieron la pérdida material y simbólica de sus bienes, sino también un daño a las relaciones de sociabilidad vecinales, de amigos y amigas, de los caminos transitados en la cotidianidad de estos territorios, a ese mundo apropiado, habitado y construido. Una mujer víctima de desplazamiento afirmaba que lo peor del conflicto armado en el país es que “si tienes algo, te lo quita violentamente, [...] lo que pierdes es la identidad”.

Aunque esta modalidad de victimización se ha concentrado en los sectores más empobrecidos de la ciudad, la experiencia de perder “la vida conocida” afectó también a personas de sectores medios y altos. Este fue la experiencia, por ejemplo, de artistas, de lideresas y líderes barriales y políticos y sus familiares, o de familiares de actores armados —como ocurrió en el caso de “capos de la droga” y de otros—, que vieron truncados sus proyectos de vida y resquebrajadas sus familias al tener que huir a otras ciudades o incluso exiliarse, a veces con sus familias, y en otros casos en ausencia de ellas, tal y como narró esta mujer, exmilitante de la UP:

Yo tenía que llevarle las niñas a hoteles o a casas de compañeros. Yo tenía un listado cada mes de gente que se me ofrecía sin ser de la UP ni nada y me decían: “Puede llevar a su esposo a dormir esta noche”. Como éramos con escoltas, entonces teníamos escoltas para todo, para el carro, y yo les decía “Vámonos para tal dirección”, pero ellos informaban para dónde íbamos, [...]. Teníamos que cambiar continuamente, las peladas tenían que ir a hoteles donde se veían con él y ellas piensan en las cartas que son muy lindas, [...] y mi hija dice que el papá era muy ausente, dice lo mismo que vos, pero ella entendía lo que el papá le explicaba, que estaba luchando por un país, y las cartas que él les mandaba desde el exterior, desde el exilio, todavía las conservamos [...] en las cartas él les explicaba por qué él estaba ausente del hogar, entonces yo quedaba con las niñas (CNMH, mujer, grupo focal con familiares de la UP, 2015).

Las cartas a las que se alude en este caso fueron la forma de comunicación y vínculo con las familias. Así, quienes vivieron la experiencia del exilio narran los impactos en términos de la dificultad de abandonar la vida construida en el país para tener que reiniciar otra que comúnmente resultaba más precaria que en Colombia. Mientras muchos y muchas de ellos y ellas tenían una profesión reconocida en la ciudad, debían llegar a “rebuscar” (es decir a realizar trabajos temporales o negocios de cuenta propia) lo que resultara en otra parte, viéndose adicionalmente en la obligación de enfrentar el racismo que pesa sobre las personas colombianas y latinoamericanas en algunos países.

Estas dificultades que se narran en torno a la vivencia de hechos como el desplazamiento o el exilio han afectado no sólo a personas mayores con dinámicas laborales y familiares definidas, sino a jóvenes, niños y niñas que se vieron enfrentados a crecer lejos de sus seres queridos; algunos porque tuvieron que marcharse con su núcleo familiar y perdieron contacto con su lugar de origen y su familia extendida, o porque alguno de sus familiares (padres, madres, hermanos, hermanas u otros) debieron ausentarse y no regresar por años. Así recordó la hija de un militante de la UP el sufrimiento que significó para ella, entonces apenas una niña, la persecución, el exilio y posterior asesinato de su padre:

A mí me parece que es importante señalar las diferencias entre lo que vivieron las viudas y lo que vivieron los hijos. Por ejemplo, nosotros también estuvimos exiliados —eso fue en 1980, y volvimos en el 85-86, mi papá volvió en el 86 cuando se creó la Unión Patriótica—, y cuando volvemos y mientras mi papá era alcalde de [un pueblo antioqueño], pues a él le hicieron un par de atentados y de amenazas y nosotros desarrollamos como una especie de código para comunicarnos por teléfono, porque como dijo la otra compañera, no se podía decir “voy tal día”. Y a nosotras en el colegio también había una persona que cuando salíamos del colegio era ahí vigilándonos. Entonces para mí eso era una cosa horrible, yo no tenía por qué vi-

vir eso, yo no había hecho nada, yo era una niña [...]. Y también lo que les dije ahorita: yo vi la lista de las personas que iban a matar en [un pueblo antioqueño]. Yo tenía 12 años, es algo que no tuviera que haber visto, eso es una cosa absurda que un niño tenga que ver una lista de esas y ahí vea a su papá, entonces yo veía las noticias y a quién iban matando [...]. Otra cosa importante es la separación de las familias. Por ejemplo, la compañera decía ahorita que ella tenía que llevar a las niñas a ver a su papá a otra parte, nosotros ya en el año 88 no vivíamos con mi papá porque mi mamá tenía mucho miedo, entonces teníamos que estar separados por cuestiones de seguridad (CNMH, mujer, grupo focal sobre exilio, 2015).

Otras familias también han visto afectadas sus dinámicas por la ausencia de los jóvenes que fueron reclutados por distintos grupos armados. En algunos casos esos jóvenes lograron mantener algún tipo de vínculo con sus seres queridos, pero en otras ocasiones la comunicación resultó difícil o, incluso, prohibida y sancionada.

En otros casos como el de la desaparición forzada, donde no está claro el paradero y el estado del ser querido, las familias manifiestan incapacidad para tomar ciertas decisiones —como cambiarse de barrio o ciudad, aceptar una posibilidad de trabajo o estudio, emprender un proyecto—, pues la dinámica de vida, especialmente para madres, padres y cónyuges, termina girando en torno a la esperanza del regreso. En este sentido, uno de los aspectos más dramáticos de la desaparición forzada es la dificultad de elaboración del duelo por las familias, una situación que termina produciendo una sensación “traumática” de incertidumbre e indecisión (Blair, 2004, página 119).

Así mismo, la incertidumbre de las familias, al no conocer el paradero de un ser querido desaparecido, se ha manifestado en sentimientos de zozobra y angustia e, incluso, algunas de estas personas empezaron a desarrollar hábitos como el consumo de alcohol y de sustancias psicoactivas o

a experimentar reiteradamente ideas e intentos suicidas. Estas sensaciones dejaron una huella que para muchos ha sido indeleble, como narran las mujeres pertenecientes a la organización Madres de la Candelaria de Medellín, quienes a través de la creación de sociabilidades y la configuración de redes de apoyo colectivo, han logrado “sobreponerse” al dolor, la incertidumbre y la angustia (CNMH, taller de memoria con la organización Madres de la Candelaria, 2015). Este panorama pone además en evidencia la imperiosa necesidad de una estrategia potente de recuperación emocional para las víctimas, sus entornos y la ciudadanía.

4.3.2.

Una responsabilidad que se invierte: la sensación de culpa y vergüenza

En medio de la búsqueda por encontrarle algún sentido a lo que les ocurrió a ellas o a sus allegados, muchas personas han terminado por “auto culparse” o por culpar a otras personas cercanas por las violencias experimentadas, y así han diluido la responsabilidad de los actores armados y de las instituciones estatales en lo ocurrido.

Así ha pasado, por ejemplo, en el caso de líderes y lideresas políticos y barriales que han sido desplazados por su participación y trabajo político. Esto ha desatado para algunas personas recriminaciones por parte de sus familias por las consecuencias que ha tenido para sus vidas y la de su entorno (CNMH, 2013, página 265).

La inversión de la culpa se expresa principalmente en los casos de violencia sexual. En una cultura como la colombiana, en la que las relaciones de género son profundamente desiguales y desventajosas para las mujeres, la responsabilidad de los hechos de violencia sexual suele terminar atribuyéndose a estas víctimas que, como se mostró en el capítulo anterior, son principalmente mujeres. La autoinculpación por lo

ocurrido ha contribuido a que ellas guarden silencio y se nieguen a denunciar, pues, como argumentan: “a nosotras las mujeres nos negaron el derecho a hablar”, “nos enseñaron a callar” y, por esa razón, “muchas no denunciábamos (...) no denunciábamos por la vergüenza que se siente” (CNMH, grupo focal con mujeres víctimas de violencia sexual, 2015).

A esta situación se suma el tabú que rodea lo referido al cuerpo y la sexualidad. Este entramado no sólo ha puesto en mayor riesgo a las mujeres, sino que también ha hecho más hondos los impactos de la violencia sexual tanto en hombres como en mujeres. Quienes han sido víctimas de violencia sexual narran la sensación de culpa y, sobre todo, de vergüenza que les ha dejado esta forma de violencia, por sentir destruida su “dignidad” en medio de una sociedad que ha depositado en la genitalidad el valor social de las mujeres. Muchas han olvidado que lo ocurrido no fue su responsabilidad:

Después de eso yo todos los días me preguntaba (...) ese mismo día que me paré sucia, vuelta nada, oliendo asqueroso, yo decía: “Dios mío, a mí se me acabó el mundo”, yo caminaba y no sentía mis pies, no sentía nada, a partir de ese momento me cambió totalmente la vida, yo empecé a desvalorarme, porque no me valoraba. Yo sentía que empieza uno a bajarse la autoestima, uno sentía que todo el mundo iba detrás de mí, yo me iba a la tienda y me devolvía porque sentía que los hombres me perseguían, encontraba hombres con esa (...) de gafas y de cachucha, y yo decía “son ellos”, es una cosa impresionante, a uno la vida le cambia totalmente (CNMH, grupo focal con mujeres víctimas de violencia sexual, 2015).

Esta sensación de culpa y vergüenza que ha minado la autoestima, también ha sido experimentada por hombres víctimas de violencia sexual. Algunos de ellos narran la tristeza, la rabia y la impotencia producida por no haber defendido su “virilidad”, especialmente en el contexto de una sociedad que espera de ellos “fuerza”, “coraje” e incluso sacrificar la

vida para defender su “hombría”. En ambos casos, la mayoría de las víctimas ha asumido el silencio como conducta por el temor que les produce enfrentar el estigma social asociado a hacer público lo ocurrido. A las mujeres las culpan por no “prevenirlo” y a los hombres por no “defenderse”. La vergüenza y el encerramiento originados por la violencia sexual fueron narrados así por un joven que fue víctima de un integrante de las milicias populares en 1995:

Yo no tenía interacción social, yo me sentía avergonzado, sentía como si los demás me vieran el letrero acá en la frente de “me violaron”, “me violó un hombre”. Yo me fui cerrando, me fui cerrando, me fui cerrando; fueron creciendo en mí muchos miedos. Yo ya no era capaz de acércamele a una niña porque me sentía avergonzado, como si eso me hubiera marcado y la marca se viera en la piel, y me fui alejando y me fui alejando, alejando. Eso me marcó [...]. Hubo hechos similares, sí, pero la gente no lo hablaba, no lo comentaba por miedo, por vergüenza, por conmiseración, por dolor, por no reconocer que eso sucedió dentro de un núcleo familiar, porque aún en esa época y hoy en la actualidad seguimos con el tabú de que las violaciones son para el género femenino, que lo comete un hombre hacia una mujer, pero cuando nos encontramos con que un hombre fue violado, eso no cabe en nuestro imaginativo y lo vemos como algo gracioso (CNMH, hombre, entrevista con víctima de violencia, 2015).

Por todas estas características —el orden de género hegemónico, el señalamiento social a las víctimas en vez de al victimario y la pérdida de confianza en otros y otras—, la violencia sexual y sus huellas en la vida de las personas suelen vivirse en silencio y soledad. Las víctimas narran esta experiencia como un “morir en vida” o como una “mutilación del alma” que se ha manifestado en asuntos tales como la ruptura emocional con seres cercanos que no logran comprender lo que pasa, el aislamiento, la pérdida de motivación, la depresión y la ideación suicida.

4.3.3. Rencor, odio, venganza y más violencia

Al lado de sentimientos como la tristeza y el dolor, la culpa y la vergüenza emergen sentimientos de odio, rencor y venganza, los cuales, según se ha visto, terminan constituyéndose en un motor para la reproducción de las violencias asociadas al conflicto armado. Víctimas provenientes de distintos territorios y lugares sociales han señalado dicho fenómeno. Este se ha visto empeorado por la circunstancia de que la confrontación en Medellín ha tenido, entre otras, las características de una lucha fratricida, en donde se han asesinado y violentado entre familiares, vecinos y personas cercanas, lo cual ha sido terreno abonado para disputas y venganzas de largo aliento.



📷 "La violencia de nuestro país llevó a un miembro de mi familia a ser parte de esta de la forma más cruel, su deseo de venganza, odio y desprecio por la humanidad" (CNMH, mujer, colcha de la memoria, taller con habitantes zona noroccidental, Medellín, octubre 2015). Fotografía: Corporación Región.

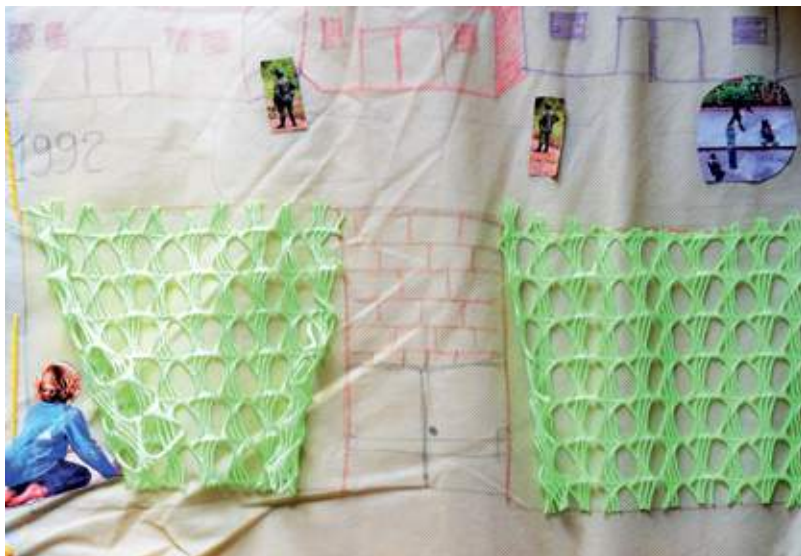
Buena parte de las memorias recogidas hablan de cómo frente al escalamiento de la violencia, muchas personas se sintieron invadidas por una sensación de desesperanza, de “no futuro”, acompañada de un creciente resentimiento contra un Estado ineficiente que tenía responsabilidades en la creciente ola de violencia tanto por acción como por omisión. Esa desconfianza frente al Estado como garante de justicia sumada a la carencia de apoyo sicosocial que relatan las personas afectadas por las atrocidades del conflicto armado ha generado a su vez nuevos sentimientos de impotencia y desprotección, que han alimentado la ira y un afán de venganza por mano propia:

Muchas veces cuando hay violencia se genera más violencia [...]. Hablo desde una experiencia que pasó en mi familia y fue que en algún momento un grupo armado asesinó a uno de mis tíos y en represalia uno de mis primos dijo: “Me voy a meter al grupo opuesto y voy a enfrentarme a ellos y me voy a vengar de la persona que mató a mi papá”. Él se convirtió en una persona demasiado cruel, demasiado fría, hasta el punto de realmente asesinar, torturar y matar personas de una manera espantosa y sin en cierta forma lograr sus objetivos de venganza [...]. En algún momento él fue a visitarnos y aunque yo sabía que él no iba a hacer nada en contra de la familia, entre comillas, en realidad las historias que contaba de cómo él asesinaba y mataba a la gente, de cómo él desató terror en pueblos, yo estaba realmente aterrada, yo no era capaz de mirarlo a los ojos, y yo era rogando al cielo que se fuera de mi casa y que nunca más volviera, porque no quería tener a esa persona cerca sabiendo lo que había hecho y el dolor que significaba para otras familias (CNMH, mujer, taller de memoria con habitantes de la zona noroccidental, 2015).

En muchos casos esos sentimientos de rabia y rencor se mezclaron con la sensación de impotencia que provenía no sólo de los hechos de violencia, sino de la inefectiva respuesta estatal, de la impunidad y de la ausencia de garantías para la no repetición de las mismas. De esta manera se generó un clima propicio para alimentar deseos de venganza y la consecuente reproducción de la violencia en la ciudad.

4.4. Una ciudad coartada

La agudización del conflicto armado produjo un ambiente marcado por el miedo, la zozobra, la angustia y la incertidumbre. Esto fue reconocido en los distintos espacios de memoria convocados como un “estado de terror” que se tomó la ciudad y que dejó profundas huellas en la subjetividad de las personas, pero también en las formas de pensar y de relacionarse. Uno de los impactos más visibles de aquel “estado de terror” fue la sensación de coerción que experimentaron amplios sectores de la ciudadanía: la vida cotidiana, el tránsito por el territorio, las relaciones interpersonales o la participación política se vieron afectados por el temor que producía la dinámica del conflicto armado en el territorio.



📷 “En el barrio de nosotros, cuando estaban persiguiendo a Pablo Escobar, vivía un hombre de él, de los fuertes (...). Una noche se oyeron helicópteros y los vecinos salimos a *brujiar*. Aquí estamos representadas mi mamá y yo. En ese momento yo era la menor que protegía a los otros 4 con ella, nos asomamos a la ventana, escasamente veíamos los policías corriendo y resulta que el hombre que estaban persiguiendo logró escaparse por los techos nos dijeron; al final lo cogieron pero no en el barrio. Pero el asunto es que por estas cosas cayeron personas que nada que ver (...). Uno no sufría por a quién mataron, si hubo sangre por acá y todo, sino que era esa idea de protección, de resguardarse, de ayudar a proteger” (CNMH, testimonio mujer, colcha de la memoria, taller de memoria con personas mayores de 40 años, 2015). Fotografía: Corporación Región.

4.4.1.

La limitación de las libertades y la autonomía

Las disputas por el control del territorio y la implantación territorial de un orden a través del poder armado limitaron las posibilidades para habitar el vecindario, el barrio y la ciudad. Como consecuencia, la ciudadanía se replegó hacia sus hogares y la autonomía personal, familiar y comunitaria se vio reducida. En ocasiones esas limitaciones fueron explícitamente establecidas por los actores armados, como ocurrió en barrios como La Esperanza o Los Mangos con la implantación de las llamadas “fronteras invisibles” (Ruiz y Vélez, 2004). Pero provinieron también de disposiciones de seguridad adoptadas por los gobiernos local y nacional para enfrentar la amenaza de los actores armados ilegales, como lo fueron los toques de queda implementados desde agosto de 1989 en Medellín y que pervivieron como política local en varios momentos de la década de los noventa.

En otras ocasiones, estas limitaciones para el tránsito por los territorios y la ciudad no tuvieron como origen el mandato explícito de los actores armados, sino que fueron asumidas por la ciudadanía como una forma de prevenir una “tragedia”, es decir, como táctica de protección de las violencias. De esta manera la ciudadanía se vio constreñida en medio de la sensación de que lo que ocurría era una amenaza generalizada de la que nadie estaba exento. Los habitantes de la ciudad narraron así la manera en que sintieron coaccionada su autonomía para la libre circulación por sus territorios:

Bueno, entonces a partir de esto nunca volvimos a salir por las noches, porque era muy peligroso [...]. Entonces empezaba como un mito urbano: “Este fin de semana van a salir otra vez a hacer masacres”. Entonces ahí empezó todo, como en las casas. [...]. Y entonces hubo un momento en el que hubo el toque de queda, entonces la gente no salía por susto de que se encontrara con una masacre de esas [...]. Eran también mitos y uno no sabía nada en verdad

[...]. Es que también empezaba como la imaginación [...] entonces que si ven muchos carros en la calle, van a entrar a la casa y a matar a todo el mundo. Pues yo no sé si pasó alguna vez, pero pues váyase sin carro, váyase pa' una casa, no vayan a sitios públicos, salga temprano [...]. Pues eran como muchas cosas, yo me acuerdo sobre todo como de eso del toque de queda (CNMH, hombre, taller de memoria con empleados del sector financiero, 2015).



📷 "Yo vivo en un barrio que se llama París que limita con Picacho. Entonces en ese momento recuerdo que llegaba como una hora de la noche donde nos decían a todos los niños, y pues a la gente que estaba en la calle, que ya deberíamos estar en las casas. Y lo que sucedía era que más o menos a las once de la noche, supongo yo, habían unos enfrentamientos y yo escuchaba siempre en mi familia mencionar como algunos personajes que ocasionaban esos enfrentamientos o que estaban detrás de esos enfrentamientos: la banda de Frank, por ejemplo" (CNMH, testimonio mujer, colcha de la memoria, taller con Mesa de Víctimas, octubre de 2015).
Fotografía: Corporación Región.

La militarización de algunos territorios por la presencia continuada de algún actor armado restringió sus relaciones sociales internas y su relación con la ciudad. Cada actor armado estableció sistemas normativos propios que coartaron las dinámicas, costumbres e identidades de las personas y las comunidades, afectando las libertades fundamentales individuales y colectivas de la ciudadanía (Londoño, 2016). Como lo deja ver el anterior relato, el rumor fue uno de esos dispositivos expeditos que los actores armados usaron para la propagación del miedo con el cual se aseguraría la aceptación de su orden.

De este modo fueron amenazadas, hostigadas, desplazadas, sexualmente violentadas y/o asesinadas aquellas personas a las que, conforme al dictamen del actor armado de turno, se consideraba un “enemigo” capaz de alterar ese orden establecido. Así ocurrió, por ejemplo, en barrios como Popular 1 y 2, Villatina, Manrique, Villa del Socorro, El Triunfo y el 13 de Noviembre en la década de 1980 y 1990 con las milicias que implantaron un sistema de normas que incluía entre los actos considerados punibles el comercio y consumo de sustancias psicoactivas, la violencia intrafamiliar o la participación política de líderes y lideresas locales en ciertos espacios convocados por la administración local, como parte de su estrategia antiestatal (Jaramillo, Villa y Ceballos, 1998, páginas 60-67).

Una situación similar se presentó posteriormente con la incursión de los bloques paramilitares a finales de los años noventa, como el Bloque Metro y el BCN. En medio de las disputas por el control del territorio se socavó el derecho a la libre circulación, a la participación política y al libre desarrollo de la personalidad. Un ejemplo paradigmático es la comuna 13, donde los paramilitares incursionaron arrasando con lo que consideraban cualquier vestigio de la presencia de las milicias y las guerrillas (Angarita, Jiménez y otros, 2008). Asesinaron, desaparecieron y desplazaron a líderes y lideresas que representaban para ellos un obstáculo para la materialización de sus intereses. Igualmente iniciaron un exterminio

paulatino de quienes cuestionaban el orden impuesto y establecieron un sistema de castigos donde sobresalió la tortura, la sevicia y el escarnio público como estrategia para asegurar su dominio a través del terror.

El despliegue de este repertorio de violencias por parte de los actores armados en los años más álgidos produjo una sensación de inseguridad en la calle y en los espacios públicos que replegó a la población al encierro. La calle y lugares como las canchas o los parques fueron apropiados por actores armados que limitaron su uso. Calles, plazas, parques y barrios fueron estigmatizados y los habitantes vieron restringido el uso libre del espacio público y la circulación por el territorio. Así lo recuerdan habitantes de la zona noroccidental:

Yo hablaba, por ejemplo, de cuando ellos se apropian de los espacios públicos: el grupo armado llega y se toma una cancha, un sector, entonces ya la gente no va a ese lugar [...]. El miedo a salir. Yo les contaba, por ejemplo, yo llegaba con los refrigerios de los niños y una señora iba saliendo y la mataron por tener a un muchacho de esos al lado. Entonces la señora tenía 58 años y ella se murió, pero el muchacho no, y yo con ese miedo de: "¡Juemadre!, yo iba para allá, que terrible lo que me pasó a mí, que terrible lo que le pasó a la señora", y estuve mucho tiempo que ni a la tienda quería ir (CNMH, mujer, taller de memoria con habitantes de la zona noroccidental, 2015).

También las personas jóvenes han visto limitadas sus libertades en el territorio y la ciudad, especialmente quienes han habitado en los barrios donde se concentró el conflicto armado. Si bien el grueso de los grupos armados estaba compuesto por jóvenes, la gran mayoría de este sector de la población no hacía parte de estos. Aun así, los hombres jóvenes de los barrios populares fueron vistos como potenciales delincuentes y como sospechosos de pertenecer a estructuras armadas ilegales (Villa, Sánchez y Jaramillo, 2003, páginas 163-145).

La sospecha, por un lado, y las agresiones, por otro, que recayeron sobre los sectores jóvenes de la sociedad se materializaron en diversas formas de violencia, vigilancia y control por parte de miembros de la Policía Metropolitana y de organismos tales como el F2, el B2 y el DOC. Así narraron la presencia constante de esos organismos personas que vivieron su juventud en medio del conflicto armado:

Recuerdo mucho la época del DOC. En la época del DOC era miedosísimo, porque uno iba por San Juan o por el Centro, cualquier parte, y estos manes iban por ahí descaradamente, con las armas así. Y me tocó presenciar una vez que iba un motociclista, como que una camioneta de esas lo tiró y el motociclista le reviró, les dijo alguna vaina, y en el semáforo siguiente ¡pam! Hijuemadre, pues cosas totalmente absurdas (CNMH, hombre, taller de memoria con personas mayores de 40 años, 2015).

Las personas jóvenes no estuvieron sólo bajo la sospecha de organismos del Estado, sino también de los actores armados ilegales. Para estos, empeñados en salvaguardar su hegemonía territorial, cualquier persona externa al territorio local era considerada “sospechosa” de pertenecer al enemigo, sobre todo si se trataba de jóvenes varones. Estos grupos establecieron fronteras territoriales que funcionaron principalmente para limitar la circulación de ellos a través de los distintos barrios, lo que minaba la autonomía y el libre tránsito, y ahondaba la segregación y la fragmentación de la ciudad:

Entonces había fronteras invisibles. Yo iba allá [barrio Santa Cruz] siempre que estaba en vacaciones de junio del colegio, iba en las vacaciones de diciembre, siempre que tenía un espacio libre, dos, tres días, me iba para allá a jugar con mis primos. Pero entonces la cosa era que no podíamos bajar a la tienda de la cuadra de allá porque así fuéramos niños no podíamos cruzar las fronteras [...]. Entonces para mí eso era algo muy normal, pero yo contaba eso en mi colegio o cosas y me decían: “Pero, ¿cómo así que no vas a po-

der ir a la tienda de la esquina?”. Y yo: “No, porque esa hace parte de otro combo, entonces no podemos pasar a ese combo”. Es más: los combos eran pelaitos hasta de la misma edad de uno, que lo miraban a uno raro sólo porque uno era de la otra cuadra, y era una cosa rarísima, pero pues [...] ahora que uno lo ve, dice: “Eso es terrible, uno tener que haber vivido esas cosas”, pero en ese momento eran pues como muy normales (CNMH, hombre, taller de memoria con empleados del sector financiero, 2015).

La libertad y la autonomía de las mujeres también se vieron afectadas. La desigualdad en las relaciones entre hombres y mujeres se agudizó ya que la militarización de la vida creó nuevas situaciones de vulnerabilidad para las mujeres que afectaron sus posibilidades de ejercer autonomía sobre sus vidas, sus cuerpos y su existencia. En la cotidianidad del conflicto ellas fueron vistas por los actores armados como objetos. El acoso y los hostigamientos de los que muchas fueron objeto provienen del hecho de que los hombres armados en los territorios veían a las mujeres como suyas (Sánchez, Corrales y López, 2008). La violencia sexual contra niñas y mujeres, principalmente, da cuenta de esta lógica de apropiación del cuerpo de las mujeres. La percepción de estos riesgos diferenciados para ellas hizo que muchas se replegaran del espacio público al sentir coartada su libertad para transitar por sus territorios de forma segura.

Los momentos más álgidos del conflicto en la ciudad coincidieron con un contexto de transformación importante que ya se estaba dando en el mundo. El desarrollo acelerado de una cultura urbana en Medellín coincidió con el fenómeno global de transformación cultural de los años setenta y ochenta, el cual se expresó con la llegada de nuevas opciones, modas, identidades, y expresiones como el rock, el punk y el hip-hop. Una nueva ola de subjetividades se hizo visible en la ciudad: ropas oscuras y ropas anchas, expresiones corporales poco comunes para aquel momento —como tatuajes o perforaciones—, al igual que nuevas expresiones artísticas, literarias y musicales, inundaron las calles y los barrios de Me-

dellín. Estas nuevas expresiones ofrecieron ideas alternativas que marcaban una ruptura con las expresiones tradicionales, con críticas dirigidas a los problemas de la ciudad, entre ellas las dificultades para el ejercicio de las libertades y libre desarrollo de la personalidad (Nieto, 2009).

Las estructuras paramilitares y las fuerzas del Estado vieron con desconfianza la emergencia de algunos de estos nuevos nichos culturales. Muchas de estas expresiones fueron señaladas y perseguidas, y se acusó a las agrupaciones artísticas de hacer propaganda de grupos subversivos. Algunos sectores de artistas y creadores fueron hostigados y tuvieron que abandonar sus proyectos, desplazarse a otras ciudades o exiliarse en otros países. Algunas personas huyeron por las violencias ocurridas contra ellas o contra sus seres cercanos, y algunas otras lo hicieron al sentirse asfixiadas por la imposibilidad de crear “mundos alternativos” en una ciudad donde prevalecía la violencia. En la memoria de algunos artistas vinculados a la movilización social en la ciudad en los primeros años 2000 está el recuerdo de haber tenido que huir de Medellín en ese entonces por la amenaza de violencias en su contra debido a sus expresiones artísticas. Hombres y mujeres artistas vinculados a la protesta social y a las reivindicaciones políticas alternativas y de izquierda vieron limitada la posibilidad de expresar sus ideas. Varios tuvieron que abandonar la ciudad y exiliarse en otros países, como sucedió con la banda musical Los Pasajeros, cuyos integrantes salieron del país en 2005 debido a amenazas e intimidaciones.

4.4.2.

La participación coartada

En medio de estos órdenes impuestos a través de las armas, las libertades civiles de los líderes y lideresas barriales se vieron coartadas, quedando supeditadas a los límites que los actores armados impusieron.

Muchos de aquellos, que a través de la veeduría y la denuncia pública le reclamaban a los grupos armados por sus acciones en los territorios, fueron objeto de amenazas, desplazamiento o asesinato. Este tipo de violencias sirvieron como intimidación para los otros que intentaban cuestionar el orden impuesto, lo que creó un ambiente coercitivo donde debía prevalecer el silencio para no ser catalogado como “sapo” (delator) y ser asesinado.

La presencia inmediata y cotidiana de los actores armados en los barrios más impactados por la confrontación, como el caso de la comuna 13, limitó y se tradujo en la vigilancia y el control permanente de las acciones emprendidas por los movimientos barriales, lo que coaccionaba el ejercicio político comunitario que se configuró en los barrios de la ciudad. Para líderes y lideresas, la presencia de los actores armados y las dinámicas de confrontación entre los mismos significaron un daño a la autonomía en sus proyectos políticos, como lo expresaron habitantes del barrio La Loma (corregimiento de San Cristóbal):

Para mí, como líder de La Loma de muchos años, ha sido muy duro, bastante duro, el que todos estos grupos armados hubieran llegado al territorio. ¿Por qué? Porque cuando nosotros comenzamos el trabajo comunitario, pues, era muy bueno, y todos ustedes lo pueden corroborar así, de que el desplazamiento de nosotros por todo el territorio fue sin dificultad, sin problemas, a cualquier hora del día, de la noche, tomara uno aguardiente, o no, no había esos enfrentamientos, no habían problemas, y si habían problemas, ¿cómo se resolvían?, con unos planazos o con unos puños. En fin, entonces para uno es muy duro, cuando uno ha considerado todo este territorio, como un territorio que le ha brindado a uno tantas cosas buenas, que en el desplazamiento, que en el trabajo social, el comportamiento y la relación con los ciudadanos de este territorio ha sido muy buena, con las familias, con los vecinos, con los familiares, con los amigos, entonces que lleguen grupos armados de

otras partes a instalarse aquí, a influenciar sobre los jóvenes, sobre los ciudadanos, sobre las familias de este territorio, es muy bravo (CNMH, hombre, taller con habitantes del barrio La Loma, 2015).

Líderes y lideresas vieron condicionadas las posibilidades para expresar sus posturas, para auditar los recursos locales, y para hacer veeduría y control. Ellos y ellas debieron enfrentarse a la decisión de guardar silencio sobre ciertos temas para proteger su vida y la de sus personas allegadas, o continuar con su trabajo incluso cuando afectara el orden impuesto por algún grupo, escenario en el cual su permanencia en el territorio e incluso sus vidas quedaron expuestas. Este riesgo fue asumido por varias organizaciones y liderazgos en la ciudad.

Por su carácter barrial, estas formas de violencia política han tenido menos resonancia en la ciudad, no obstante, su intensidad ha sido notable. Las violencias contra los liderazgos barriales se intensificaron principalmente en la segunda mitad de los años noventa durante el período que se ha denominado el de “urbanización de la guerra”, sobre todo por parte de los grupos paramilitares en medio de su afán por imponer un nuevo orden en los territorios (Gil, 2016, páginas 42-46).

Sin embargo, esta participación política no sólo se vio restringida por el ejercicio de la violencia por parte de grupos paramilitares. De tiempo atrás, los líderes barriales de los territorios donde los grupos milicianos hicieron presencia debieron aprender a pactar sus acciones con estos y los combos (Londoño, 2016, página 134). No obstante, la capacidad de aquellos para negociar con el poder regulador impuesto por estos sobre el territorio fue fuertemente afectada durante la llamada urbanización de la guerra. Las disputas por el poder territorial afectaron profundamente el ejercicio político de líderes y lideresas, debido al asesinato selectivo y las amenazas dirigidas a jóvenes vinculados a procesos políticos barriales. De esta manera se narró esta experiencia:

En daños políticos, hablábamos de las barreras invisibles, que como ustedes saben afectan el desplazamiento libre de muchos líderes, muchas personas, y se notaba más en los jóvenes, hombres y mujeres, más que todo en los hombres. La afectación a los liderazgos, unos más que otros. Había líderes que, por su juventud, podían ser más marcados: evitar de que se desplazaran libremente, algunos de nosotros aún con la edad que tenemos nos daba cierto temor ya llegar a algunos espacios. Eh... el temor limita la continuidad de los procesos sociales, en muchos casos se vio tapar las amenazas y señalamientos a los líderes. Otros, pues, no hemos tenido amenazas, pero sí nos hemos llenado de temor de desplazarnos, a ciertos temores por los combos, por las bandas, por la gente tan desconocida que a veces llegan allá, que ustedes saben que eso ha llevado a que muchas personas han perdido sus vidas (CNMH, hombre, taller de memoria con habitantes del barrio La Loma, 2015).

Este tipo de violencias se usaron como intimidación para otros sujetos políticos que intentaban contravenir el orden impuesto, lo que debilitó la continuidad de procesos sociales y políticos en la escala comunitaria. De esta manera se vieron condicionadas las posibilidades para expresar los propios puntos de vista, lo que hizo que se sintieran obligados a ejercer su derecho a la participación dentro de los límites impuestos por los actores armados para proteger su vida, la de otros liderazgos y la de personas allegadas. Es así que las violencias asociadas al conflicto armado han producido un daño al tejido organizacional y político barrial.

Este tipo de impacto ha sido también un obstáculo para la relación entre los territorios y la administración municipal. Los espacios de participación e interlocución con las instituciones se vieron limitados por la injerencia de representantes e, incluso, integrantes de los grupos armados, quienes han llegado a imponer sus agendas políticas o la destinación de los recursos en detrimento de los intereses comunitarios. Según informes de derechos humanos de la Personería de Medellín han sido reitera-

das las denuncias por parte de la ciudadanía sobre el interés de algunos grupos armados por cooptar recursos de presupuesto participativo en las juntas de acción comunal (JAC):

Existen graves denuncias sobre acciones de intimidación contra organizaciones no gubernamentales y organizaciones comunitarias que se han enfrentado a las organizaciones influenciadas por los grupos de desmovilizados en el proceso de discusión del presupuesto participativo para Medellín. Las acciones empleadas son rumores, tergiversaciones y difamaciones, así como amenazas veladas e intimidación a los líderes que trabajan con estas organizaciones" (Personería de Medellín, 2005, página 16).

La capacidad de líderes y lideresas para gestionar las necesidades básicas de infraestructura y desarrollo social en los barrios más afectados por el conflicto se vio truncada por la injerencia de actores armados, a pesar de su condición de desmovilizados, como en el caso de la Corporación Democracia. Según el testimonio:

Hay muchos asuntos soterrados de la violencia en esta ciudad y hay muchos miedos instalados en nosotros todavía frente a estos procesos. Miedos porque muchas personas que han sido actores de la violencia como los desmovilizados del Bloque Nutibara que luego fueron Corporación Democracia son hoy actores políticos de esta ciudad, con cargos en las secretarías de la ciudad. Ahí uno no sabe, porque cuando uno se pone a mirar que lo único que va quedando de Corporación Democracia. ¿Dónde están ubicados, entonces? ¿Qué lectura se le hace a eso y quiénes son los que están hoy orientando asuntos de la planeación del desarrollo local y decidiendo la ejecución de recursos en los territorios y que bravean al alcalde? Ellos están infiltrados, ellos accedieron al poder (CNMH, mujer, taller de memoria con líderes comunitarios, 2016).

Asimismo, la violencia política y sus impactos en la ciudad se han hecho claramente visibles en la persecución que las organizaciones sociales y los movimientos cívicos y políticos han sufrido a partir del repertorio de violencias que en su contra han cometido los grupos armados, como las amenazas, los asesinatos, las desapariciones, los desplazamientos, la criminalización y la estigmatización.

En los años ochenta estos movimientos cívicos, políticos y sociales habían logrado convertirse en un actor relevante en las discusiones públicas de la ciudad. Los sindicatos tenían fuerza, comenzaban a multiplicarse los grupos, asociaciones y liderazgos, y algunos partidos políticos no tradicionales como la Unión Patriótica habían logrado representación en cuerpos colegiados como los Concejos Municipales y la Asamblea Departamental de Antioquia (CNMH, 2014, páginas 179-189). Sin embargo, la violencia política contra estos sectores generó limitaciones al florecimiento y desarrollo de nuevas ideas políticas en la ciudad, uno de los pilares fundamentales para el ejercicio de la democracia.

Un caso representativo de la persecución de organizaciones sociales fue el Instituto Popular de Capacitación (IPC), entidad no gubernamental reconocida por su labor en la defensa de los derechos humanos en la ciudad (Hernández, 2013b). Las acciones en contra de esta organización han producido daños políticos que afectaron su imagen y posibilidades de relacionamiento:

Esos primeros dos años después de esos eventos fueron terribles, eso fue devastador. La gente, o bien por postura política o bien por cuidarse, prefería no estar cerquita del IPC [...]. Eso después de la entrega de esos secuestrados fue terrible, hermano. Esa soledad, eso de que nadie quería hacerse con nosotros ¡Es duro! Porque la solidaridad fue impresionante, pero una vez pasados los hechos vino la distancia. Y cuando la bomba, ahí sí [...] la bomba sacó a todos los amigos del lado, porque la bomba ya daba cuenta diga-

mos como de un propósito de exterminio ¿cierto? [...]. Eso fue muy complejo, eso digamos es el primer impacto, y casi no nos recuperamos de eso (CNMH, entrevista a defensor de derechos humanos, 2015).

Debido a los múltiples daños que fueron ocasionados, esta organización fue considerada por la Unidad de Atención a Víctimas como sujeto de reparación colectiva. Hoy esta organización reivindica que parte de su reparación sea justamente el reconocimiento de la memoria y los impactos del conflicto en el movimiento de derechos humanos.

Como este, han sido varios los impactos de la violencia política para la ciudad. El alto número de violencias y la fuerte estigmatización dirigida hacia estos sectores políticos de la sociedad civil produjeron un ambiente de temor que ha dificultado la pervivencia del pensamiento crítico y la organización social en torno a la defensa de los derechos humanos en la ciudad (Gil, 2016). En uno de los espacios de memoria convocados, líderes sindicalistas expresaron que en medio de ese ambiente que se produjo en los años críticos de la guerra sucia contra estas expresiones políticas, las personas decidieron alejarse de la movilización para proteger la vida lo cual repercutió en la dificultad para que existiese un relevo generacional que hiciera pervivir la movilización:

Las incidencias de todo eso que hemos venido hablando es que, antes de que todo esto pasara, cuando el sindicalismo estaba más o menos posesionado, había un proceso de formación de las bases para cualificarlas y que fueran el reemplazo de la dirección sindical (uno). Y dos, que las huelgas y las propias asambleas de los sindicatos iban mostrando los activistas, los que podían llegar a reemplazar a la dirigencia. Desde las huelgas era de donde salía, digamos, el semillero para después llegar a la dirección sindical; ahí era donde uno veía al compañero que se comprometía, que iba hasta el fondo y, en fin. Cuando viene toda esta escalada, se llegaba

a las asambleas a elegir a una junta directiva [...]. A veces había que decir debajo de la mesa "¿quién se propone para llegar a la junta?". Nadie quería llegar a la junta, nadie quería arriesgar el pellejo de ser una persona que podía ser amenazado. Había sindicatos que solamente elegían 7, 8 en la junta, no la acababan de ajustar porque la gente tenía físico miedo (CNMH, hombre, taller de memoria con sindicalistas, 2015).

Así mismo, el hecho de que esta violencia política estuviera dirigida fundamentalmente hacia los liderazgos, organizaciones y expresiones políticas que cuestionaban el orden establecido produjo hacia mediados de los años ochenta la sensación de que no era posible hacer transformaciones políticas profundas a través de las vías democráticas. Esta sensación se vio alimentada por las violencias dirigidas hacia personas que habían hecho parte de la lucha armada y se habían desmovilizado en los procesos de paz bajo los gobiernos de Belisario Betancur y César Gaviria Trujillo en los años de 1982 y 1990, respectivamente, con grupos como el M-19, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el EPL y el Movimiento Armado Quintín Lame.

Experiencias como el exterminio de la Unión Patriótica (UP) o el asesinato de líderes como Héctor Abad Gómez hicieron que líderes, lideresas y organizaciones sintieran que no era posible hacer críticas radicales, sino que debían conformarse con una participación crítica condescendiente con la política tradicional, si no se quería poner en riesgo la vida. Un líder vinculado a la movilización de los derechos humanos durante los años crudos de la violencia política (1997-2003) rememoró este cambio de una crítica radical a una crítica suave por el miedo de aquellos años:

La violencia debilitó muchísimo las posibilidades de actuación de grupos y de colectividades centradas en el tema de derechos humanos y en los temas democráticos. [...] Si uno viera hoy cuál es la expresión mayor del movimiento social es mejor irse por te-

mas no tan duros ¿sí? Les queda mucho más fácil a los jóvenes y a muchos sectores sociales que están más en esas coordenadas que las coordenadas de la crítica fuerte a los temas democráticos y de derechos humanos de la ciudad. [...]. ¿Qué pasó en Montería y qué pasó en Medellín? En Montería hubo una captura total ¿cierto?, la gente tuvo que callarse del todo. Aquí no fue una captura total, pero sí sabíamos que había un poder muy fuerte que nos podía hacer lo que quisiera cuando quisiera, entonces nos fuimos corriendo, ¿si me entiende? [...]. Terminábamos era básicamente como críticos de los informes de la Policía, se estaba a toda hora hablando de homicidios y no hablando de derechos humanos, pasamos de analistas de derechos humanos a violentólogos [...] (CNMH, entrevista de defensor de derechos humanos, 2015).

Esta transformación ha sido narrada en detalle por el movimiento sindical de la ciudad, que se vio especialmente afectado por la intensidad de violencias en su contra en los años ochenta y noventa, perpetradas principalmente por grupos armados ilegales y organismos de seguridad del Estado como el F2 y el B2. Sólo para el caso de ADIDA (Asociación de Institutores de Antioquia), desde la década de 1970 hasta 2007, se han registrado 98 asesinatos a sindicalistas del sector educativo en la ciudad de Medellín. (ENS, 2016, páginas 81 y 126).

Esta persecución que con tanta insistencia narran las y los defensores de derechos humanos dejó una huella en los proyectos políticos alternativos de la ciudad, principalmente de izquierda y limitó sus posibilidades de representación en diferentes ramas del poder de la institucionalidad local.

Este impacto se vio profundizado por las violencias en contra de algunos sectores de los medios de comunicación, cuyos miembros fueron asesinados en el ejercicio de su labor investigativa: sólo entre 1989 y 1995, época del recrudecimiento de las violencias perpetradas por estructuras

del narcotráfico, se reportaron 13 homicidios de periodistas en la ciudad de Medellín (CNMH, 2015). Esta situación ha promovido una amenaza constante a ese “cuarto poder” que es el periodismo, lo que ha afectado el ejercicio de la tribuna pública y generando un ambiente de hostilidad hacia la crítica, la denuncia y la libre expresión, otra de las condiciones necesarias para el desarrollo de una democracia en la ciudad.

4.5.

Una ciudad estigmatizada

El miedo, la zozobra y la incertidumbre abonaron el camino para la exacerbación de la estigmatización de sujetos y territorios. Así, en el señalamiento de ciertos sujetos como “enemigos” han proliferado representaciones sociales estigmatizantes contra poblaciones y territorios. En algunos casos, estas representaciones sociales han sido usadas por los grupos armados para legitimar el ejercicio de su violencia, llegando a profundizar imaginarios excluyentes que existían previamente, ahondando así las condiciones para la reproducción de la violencia.

Como se ha mostrado, la mayoría de las personas que han integrado los actores armados en conflicto en la ciudad han hecho parte de las comunidades, es decir, no han sido personas ajenas a ellas. En medio de esa cotidianidad se han tejido proximidades con integrantes de estos grupos armados, ya sea por vínculos familiares, por el trabajo, el colegio, la infancia o la simple convivencia en el barrio. También para quienes han deseado un territorio libre de violencia, habitar el mismo territorio que los sujetos armados ha sido inevitable. Sin embargo, esta realidad que hace parte del desarrollo de una guerra irregular, ha servido para que personas y territorios hayan sido señalados por organismos estatales y por actores armados ilegales de pertenecer o colaborar con un bando u

otro, lo que ha afectado el buen nombre de las personas, las comunidades y los territorios (Blair, 2008).

De esta manera se ha llegado a estigmatizar barrios y comunas enteras. Durante los años ochenta la zona nororiental fue vista como el origen de la violencia en la ciudad; durante las décadas de los ochenta y los años dos mil, las comunas 8 y 13 fueron tildadas del lugar de resguardo de “guerrilleros” y posteriormente de “paramilitares”. La población civil en general fue marcada, como si todos sus habitantes hicieran parte del enfrentamiento, negando el dolor y la angustia cotidiana que ha representado para estas comunidades la presencia de los armados en su territorio.

Así ocurrió el 29 de junio de 2002 cuando “paramilitares del Bloque Cacique Nutibara (BCN) de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) incursionaron en la parte alta del barrio El Salado, sectores 6 y 7, en la comuna 13 de Medellín” (CNMH, 2011a, página 64). Durante los hechos fue asesinada una persona, nueve ranchos fueron incendiados y la comunidad fue violentada física y verbalmente. El que esta zona hubiera sido poblada con apoyo de células urbanas del ELN no significaba que sus habitantes fueran guerrilleros. Incluso algunos de ellos habían sido víctimas de hechos cometidos por este grupo en el ejercicio del control territorial que realizaron. Nada de esto fue tenido en cuenta y el señalamiento como “guerrilleros” desembocó en este hecho que dejó 170 familias desplazadas de las 200 que allí habitaban.

Quienes han residido en la comuna 13 han experimentado en el día a día los vejámenes y estigmatización por parte de fuerzas de Policía, el Ejército y los grupos paramilitares, que los tildaban de milicianos, guerrilleros y colaboradores. Estos imaginarios estigmatizantes han servido de justificación para la perpetración de graves violaciones a los derechos humanos en este territorio (CNMH, 2011a, páginas 229-259).

Estos estigmas también han tenido consecuencias en otros ámbitos de la vida cotidiana de las personas. Por ejemplo, habitantes de la zona Nororiental recuerdan que durante la década de 1980 hasta mediados de los noventa, tenían mayores dificultades para integrarse a la dinámica de la ciudad. Sintieron limitado el acceso a las oportunidades de empleo y educación, pues se desconfiaba de ellos al ser señalados como potenciales delincuentes. La idea anteriormente expuesta de que la violencia provenía del “norte” de la ciudad, subyacía a este tipo de imaginarios, y como efecto de la misma, la brecha entre “la ciudad” y estos barrios se ahondó.

Por otra parte, la participación y la movilización de ideas políticas de izquierda, al igual que los liderazgos dirigidos a la promoción y defensa de los derechos humanos fueron tildados de “guerrilleros”, “farianos” (en referencia a las FARC), “elenos” (en referencia al ELN), entre otros adjetivos que han servido para descalificar e invalidar políticamente las propuestas de sectores políticos democráticos (Gil, 2016, página 63). Como se vio, este tipo de hechos ha limitado las posibilidades de acceso a cargos de elección popular para dirigentes que representan estas ideas políticas, como lo fue el caso de la UP o incluso de sectores alternativos de partidos políticos tradicionales como el Nuevo Liberalismo.

En medio de las dinámicas del conflicto armado se han construido estigmas, pero también se han reapropiado, transformado y exacerbado imaginarios preexistentes sobre determinados grupos sociales.

Los actores armados también buscaron ejercer control sobre las subjetividades e identidades que de una u otra forma atentaban contra el orden social que intentaban imponer. En virtud de ello, algunos grupos sociales fueron tachados de “indeseables” dentro de los territorios. Habitantes de calle, personas con orientaciones sexuales e identidades de género no hegemónicas, consumidores de sustancias psicoactivas y personas que ejercían trabajo sexual, fueron cotidianamente violentadas como

una estrategia de castigo y aconductamiento. En ocasiones, algunas de estas personas fueron asesinadas, desaparecidas o desplazadas como una forma de, según la retórica de los grupos armados, “limpiar el territorio” (CNMH, 2015).

Las personas consumidoras de sustancias psicoactivas identificadas o señaladas como drogadictas, en su mayoría hombres jóvenes, han sido sistemáticamente perseguidas y violentadas por los grupos armados en la ciudad. A estas personas se les ha asociado con figuras como la del “sicario”, el “ladrón”, o la de algún actor armado ilegal, lo que ha creado un estereotipo en el cual toda persona que hace uso de sustancias psicoactivas es un delincuente que debe ser exterminado. Los docentes de las instituciones educativas narran la estigmatización y la persecución a la que fueron sometidos los jóvenes consumidores de estas sustancias, quienes, según los relatos, tenían sentenciada la muerte por el sólo hecho de fumar marihuana. “Yo digo que el que fumaba marihuana tenía la vida sentenciada o la muerte súbita” dijo una profesora participante de uno de los talleres de memoria (CNMH, taller de memoria con educadores y educadoras, 2015).

De otro lado, los imaginarios estereotipados que han asociado a las personas afrodescendientes con la delincuencia se han visto reflejados en el reforzamiento de una mirada de sospecha sobre ellas, con la consecuente persecución que esto ha representado por parte de actores armados e integrantes de la fuerza pública, sobre todo para los jóvenes afro en condición de pobreza. En algunos barrios se ha acusado a las personas afro que han llegado desplazadas de lugares como Urabá y Chocó de traer la violencia a la ciudad o de tener vínculos con grupos armados de esas zonas del país, razones por las cuales han sido violentadas por los grupos armados o discriminadas dentro de las comunidades. Así lo recuerda un grupo de líderes y lideresas afro al hablar sobre el caso de la comuna 8 (Ver mapa 2: Medellín por barrios y comunas), donde muchas personas

afro del departamento y departamentos vecinos como el Chocó han llegado en situación de desplazamiento:

Estoy hablando que los bajaban de los buses de Caicedo, Villa Lillian, la Sierra, los bajaban [...]. Eso nunca se había visto así en la ciudad, o sea, que a la gente la bajaban con fierro en mano y pa' abajo y los flagelaban por ser negros y por vivir en esos barrios. Además, porque, decían ellos, que tenían una guerra territorial ahí con los Urabeños, y entonces decían que los que llegaban desplazados eran urabeños [...]. Como son supuestamente de Urabá y era mucha gente negra (CNMH, hombre, taller de memoria con personas afro, 2015).

Estos imaginarios racistas se han engranado con otros sexistas que han hipersexualizado el cuerpo de las mujeres afro e indígenas. Esto ha sido la base para que estas mujeres sean vistas como sexualmente disponibles para los hombres armados, lo que las ha puesto en riesgo de hechos de violencia sexual (Marciales, 2013).

Las personas en situación de habitabilidad de calle han sido de las víctimas más invisibilizadas. Este sector social también ha experimentado la estigmatización y las violencias que de ello se han derivado. Señaladas de “vagas”, “mendigas”, “peligrosas”, como si fueran una mancha en el panorama de la ciudad, estas personas han sido tratadas como sujetos indeseables en distintos lugares. Estas violencias han sido invisibles debido a sus condiciones de vulnerabilidad, a las débiles redes de soporte con que cuentan y a la dificultad para que las denuncias sean tenidas en cuenta.

Estos imaginarios no sólo han permeado a los actores armados, también lo han hecho con la población en general. La preexistencia de imaginarios sociales estigmatizantes sobre estas personas facilitó la reapropiación de estas ideas en medio de las dinámicas del conflicto. Una de las principales dificultades es que estos estereotipos han calado profundamente en la ciudadanía, y han servido de justificación para la ocurrencia

de hechos violentos, lo que ha llevado a una especie de “naturalización”, es decir, que estos hechos violentos no sean mal vistos sino, por el contrario, asumidos como “normales” y hasta “deseables”. Al respecto una mujer lesbiana argumentaba que:

Esta violencia que se da tiene una particularidad y es que se ejerce con la complicidad del resto de la sociedad. Mientras en otras situaciones la comunidad se manifestaba y se indignaba, cuando era contra los LGBTI no. Entonces fue una estrategia para muchos actores armados en los barrios periféricos que establecieron esta modalidad de lo que es bueno y lo que es malo para la sociedad: si la mataron era porque algo estaba haciendo. A las trans se les dice prostitutas, que son violentas, problemáticas, que venden droga, que es promiscua, que es drogadicta y está infectada y está contagiando a la gente [...]: de ese modo se justifica. Esa es una particularidad que vale la pena contar (CNMH, hombre, taller de memoria con sectores LGBTI, 2015).

La complejidad de casos como este o los que han ocurrido contra otros sectores sociales que han sido vistos como “indeseables” por un amplio segmento de la ciudadanía radica en que estos imaginarios son compartidos tanto por los actores armados como por sectores de las instituciones estatales y de la ciudadanía, que, incluso, han llegado a defender la promoción de discursos de odio (CNMH, 2015; CNMH, 2016).

No sólo fueron estigmatizadas las personas, los territorios y algunos grupos sociales. También la ciudad y sus habitantes en general fueron estigmatizados a nivel nacional e internacional, y han sido ampliamente asociados a las figuras del narcotráfico y la delincuencia. Este estigma sobre la ciudad ha traído consecuencias para sus habitantes, por ejemplo en fronteras y aeropuertos donde por varios años fueron tratadas con particular sospecha.

4.6. Un Estado entre varios fuegos

La crisis de violencia que ha sufrido la ciudad durante el desarrollo del conflicto armado también ha tenido repercusiones sobre funcionarios públicos locales y nacionales de las diferentes ramas del poder público, y ha limitado el funcionamiento y la capacidad del Estado para el ejercicio de sus funciones. Esto no ha sido un hecho aislado, ha hecho parte de las estrategias de los poderes armados para garantizar la protección de sus intereses (Duncan, 2011).

Como consecuencia de las violencias perpetradas por grupos armados ilegales, los funcionarios públicos locales vieron limitado el ejercicio público de sus funciones dentro de un Estado fragmentado, con escasa presencia en el territorio y en medio de un proceso de modernización que comenzó desde 1950 y de descentralización administrativa que comenzó en la década de 1980 (Leyva, 2015, páginas 12-15). En el ámbito local, miembros de la administración municipal y funcionarios de organismos policivos y judiciales seccionales han sido amenazados, perseguidos, secuestrados y asesinados, lo que ha creado un ambiente de constante amenaza y hostigamiento a los representantes del poder estatal (CNMH, 2013, página 199). Según el Fondo de Solidaridad de las Víctimas del Poder Judicial (FASOL), se tiene registro de por lo menos 74 asesinatos a funcionarios de la rama Judicial —especialmente del CTI— entre 1989 y 2008 en Medellín” (*Verdad Abierta*, s.f.).

Uno de los casos más recordados por los funcionarios judiciales en los talleres de memoria fue el caso de un destacado investigador del CTI perseguido por sus indagaciones en torno a las actividades criminales de la Oficina de Envigado y quien fue asesinado el 15 de febrero de 1999 por sicarios pertenecientes a la estructura paramilitar dirigida por *Don Berna*:

La muerte de él fue muy triste porque el día que mataron al compañero, lo mataron porque pudo identificar donde vivía *Don Berna* y llegó hasta la puerta de la casa y había una cámara, y lo grabó a él haciendo sus labores. Después a este señor Uber¹⁵² le preguntaron: ¿Quién es ese? Ese es [nombre omitido] la dirección es esta y trabaja en tal, bueno de ahí para arriba. Lo más triste fue que el mismo día que lo mataron fue el día que hubo un procedimiento en La Unión (Antioquia), se fue medio CTI y DAS a hacer exhumaciones y fueron emboscados por las autodefensas. Gracias a Dios no hubo ahí más muertos, porque mi Dios es muy bueno. A [nombre omitido] lo matan a las 7 a.m., lo mataron en la 65 al frente de Makro. Cuando lo mataron todo el mundo estaba en el Oriente, entonces era por el radio relatando: que hirieron a uno, que secuestraron a dos, que secuestraron a tres. Cuando una compañera me dice: Vamos, vamos al levantamiento. Pero, ¿cómo que al levantamiento si nadie se ha muerto? Cuando vimos que era [nombre omitido] y ese día lo vimos. Conmigo fuimos 8 personas, fuimos muchos, y al medio día ya estaba cremado. Lo que me parece triste es que sus compañeros ni siquiera lo vieron (CNMH, hombre, taller de memoria con funcionarios judiciales, 2015).

La infiltración en los organismos policivos y judiciales por parte de narcotraficantes y paramilitares menguó profundamente la legitimidad del Estado, generó una sensación de desconfianza en los organismos judiciales y temor al momento de realizar las investigaciones relacionadas con grupos armados ilegales, mientras crecía la frustración y la denuncia de la impunidad por parte de la ciudadanía y algunos sectores del Estado. Así describió esta situación un funcionario judicial:

Las violencias que son frente a organizaciones delincuenciales son más difíciles de investigar, precisamente porque ellos tienen

152 Uber Duque Álvarez fue jefe de investigaciones del CTI en la década de 1990. Según reportes de la justicia estuvo vinculado como informante y asesor de las estructuras paramilitares de la ciudad Medellín. Fue asesinado en 2004 (*El Espectador*, 17 de diciembre de 2011).

ayuda de funcionarios estatales. Entonces investigar se hace más difícil. La impunidad se vuelve mayor, más riesgoso para el funcionario. Yo tenía una carpeta y una investigación que me tocaba esconderla cada ocho días porque nos daba miedo que se filtrara la información. Cuando se pidieron las capturas tuve que pedirle al centro de servicios que borrara el *back up* y me entregara todas las copias a mí. Cuando al señor lo capturaron lo que el señor les dijo fue: “¿cómo así que orden de captura? A mí nadie me dijo nada” [...]. Es también asumir que todas las profesiones tienen un riesgo, sin embargo, en el desarrollo de las investigaciones también nos ha tocado enfrentarlo, sabemos de organizaciones que hacen hojas de vida de los funcionarios que son correctos y que trabajan y que los atacan. Entonces a cada uno le hacen una carpeta, cada carpeta tiene la foto, dónde está ubicado, dónde estudian los hijos, qué hace, a qué hora sale, le graban audiencias para analizar dónde no somos tan fuertes, por Dios, a qué nos enfrentamos (CNMH, mujer, taller de memoria con funcionarios judiciales, 2015).

Paralelo a la intimidación y persecución a funcionarios judiciales, el asesinato indiscriminado de miembros de la fuerza pública, principalmente en la época del plan pistola creó un ambiente de tensión constante ante el riesgo de convertirse en víctima de atentados al transitar por lugares cercanos a estaciones de Policía. Sin embargo, fue la infiltración y cooptación de organismos policiales por parte del narcotráfico y el paramilitarismo lo que en mayor medida incidió en su deslegitimación al ser señalados por la ciudadanía como colaboradores de los grupos ilegales en la ciudad. Para un funcionario que lleva años trabajando en la Personera Municipal, esta era una realidad inocultable:

Cuando estábamos en la Personería lo decíamos nosotros: el 85 % de la Policía de Medellín está en la nómina de los bandidos, cuando vamos a recorrer la ciudad eso es lo que nos dice la gente, porque nosotros siempre le preguntamos: “¿Bueno y la Policía?”, “La Policía no, la Policía está con ellos”. Pero eso mire que también

se encuentra con otra cosa que es contradictoria: ¿Entonces pa' usted es lo mismo si se va la Policía? No, no, que no se vaya (CNMH, hombre, taller de memoria con funcionarios públicos, 2015).

Los problemas de corrupción en instancias de la justicia y los vínculos de funcionarios con narcotraficantes y paramilitares ahondaron la desconfianza de la ciudadana hacia sus actuaciones y la sensación de impotencia por parte de funcionarios judiciales, al apreciar cómo desde el mismo Estado se ponían obstáculos al desarrollo de importantes investigaciones:

Una cosa que a mí me más me impactó del conflicto armado fue el homicidio de mis profesores, de Jesús María Valle, de Luis Fernando Vélez, y yo ya estaba en la rama Judicial cuando eso, en el Tribunal Administrativo, ese no era un tema que tuviera nada que ver con el Estado aparentemente. El tribunal administrativo no pasaba por ahí para nada, pero los compañeros que habíamos estudiado, que nos habíamos preparado en los cursos de oratoria con el profesor pues cómo íbamos a dejar su muerte en esta impunidad tan horrible y se empiezan a hacer todas estas investigaciones y estas empiezan a dar y a mostrar por dónde va el agua al molino. Pero desde la IV Brigada empiezan a entorpecer las investigaciones, a amenazar a los fiscales, a amenazar la gente cuando se abre la investigación por el homicidio de Jesús María Valle (CNMH, hombre, grupo focal con funcionarios y funcionarias de la rama Judicial, 2015).

Esta situación ahondó la desconfianza frente al proceder de autoridades judiciales, al considerar que actuaban de una manera parcializada y humillante con las víctimas:

Nosotros somos vistos, los familiares de los desaparecidos o los que hemos estado en el movimiento social, como insurgentes. Otros que si no somos insurgentes somos los que los apoyamos y

la fuerza pública también ha hecho ese eco y ha tenido —no solamente la fuerza pública sino las instituciones del Estado— una mirada de desprecio con los familiares de los desaparecidos. A nosotros nos miran diferente, nos miran con desprecio. El tema del trato no es un trato digno para una persona cuando va a reportar un desaparecido, siempre está el tema de: “¿Por qué no espera a que aparezca? ¿Será que está borracho? ¿Será que se fue con otra persona?”. Entonces ha sido también como eso lo que ha permitido [...] esa ha sido la excusa, la trampa que ha utilizado la Fiscalía también para permitirles a los que hacen las desapariciones, a los que generan las desapariciones ocultar el cuerpo (CNMH, hombre, taller de memoria con víctimas de desaparición forzada, 2015).

La debilidad del sistema de justicia y la corrupción de las instituciones estatales a través de su infiltración por parte de las estructuras del narcotráfico y el paramilitarismo fragmentaron el ejercicio político de los organismos del Estado y, en ese sentido, se produjo más impunidad en el caso de las víctimas del conflicto armado.

Además de este estreñimiento de “lo político”, la disputa por el poder territorial y el control del orden público entre los diferentes actores armados conllevó un debilitamiento de las vías democráticas para la resolución de los conflictos y garantizar la no repetición de los hechos victimizantes. Algunos funcionarios y agentes de los organismos del Estado fueron cómplices en las violaciones a los derechos humanos, a través de acciones de hecho o por omisión, lo que generó desconfianza e incertidumbre en la sociedad civil. Esta situación se aunó a una crisis de la institucionalidad y, en últimas, ocasionó un daño directo a la relación entre el Estado y la sociedad civil.

4.7.

Una ciudad en transformación

La cultura es probablemente la dimensión donde los impactos del conflicto armado se han expresado con más fuerza, pero, al tiempo, es la dimensión donde más fácilmente se diluyen, lo que hace más ardua su identificación. La cultura de la ciudad se transformó rápidamente desde la década de 1970 hasta los días presentes. Las violencias, las dinámicas y ese nuevo ambiente que produjo la agudización de la confrontación armada fueron determinantes en los rumbos que tomó el ambiente cultural de la ciudad frente a las transformaciones globales que ocurrían en el ámbito mundial. En ese sentido, es difícil reconocer los cambios en la cultura sólo desde la perspectiva de los daños, pues en realidad las transformaciones que se han dado en la cultura han sido el producto de muchos y muy distintos factores locales y globales, aunque con un peso importante del conflicto. En medio de esas transformaciones hay continuidades y discontinuidades entre “lo tradicional” y lo “nuevo”: algunos elementos preexistentes han sido reapropiados, a la vez que se han inventado otros. Sin embargo, más allá de esta complejidad, los relatos acopiados para este informe identifican algunas líneas gruesas que permitirían hilar la trama de los impactos culturales producidos por las violencias asociadas al conflicto armado.

En los distintos espacios de participación que se convocaron en el marco de este proceso de reconstrucción de memoria histórica, las personas de muy distintas latitudes de la ciudad afirmaron con vehemencia que los impactos más profundos que ha dejado el conflicto en Medellín están en la cultura, en la forma en que las personas sienten, desean, piensan y valoran.

Para las personas de mayor edad, estos impactos culturales se notan especialmente en las generaciones que nacieron y crecieron desde los

años ochenta hasta los años recientes. Según estas voces, los aspectos donde más se puede ver la influencia de las dinámicas y las violencias asociadas al conflicto armado son la exacerbación de algunos rasgos que producen y reproducen ciertas formas de desigualdad, como las de género y las de clase; la ruptura entre las aspiraciones materiales y las vías que se imaginan para lograrlas entre las generaciones anteriores a los años ochenta y quienes crecieron después de esa década; los nuevos referentes y “modelos de ser” para las personas jóvenes; y la transformación de los valores sociales y culturales que subyacen a la ética de amplios sectores de la ciudadanía.

La crisis económica y social del Medellín de los años setenta, marcada entre otras cosas por la presencia de una gran cantidad de jóvenes con pocos referentes y posibilidades, fue un escenario propicio para que la cultura que empezaba a configurarse en medio de las dinámicas del conflicto se instalara y expandiera rápidamente por la ciudad (Salazar y Jaramillo, 1992, páginas 105-127). El desarrollo de los grupos delincuenciales en los barrios, la llegada y emergencia posterior de grupos armados como las milicias y los paramilitares, y la expansión de las redes del narcotráfico en todas las capas sociales, dieron pie al surgimiento de un nuevo referente cultural, que no se percibía como algo lejano, sino que fue experimentado en la cercanía de la cotidianidad. En los barrios donde hicieron abiertamente presencia los grupos armados, la figura del hombre armado se convirtió en un modelo a seguir para los jóvenes y con él se instalaron en la subjetividad de los mismos nuevas aspiraciones, nuevos deseos, al tiempo que aparecían nuevos valores y se reinterpretaban otros (Ortiz, 1991). En palabras de una mujer que ha liderado procesos culturales en la ciudad y quien participó de este informe, “hay un daño en la manera de desear, como diría Estanislao Zuleta, porque lo que se desea es material, lo que se desea es abundancia, lo que se desea puede conseguirse de cualquier manera” (CNMH, entrevista con mujer dinamizadora de procesos culturales, 2016).

De esta manera se instaló lo que en diversos espacios de memoria las personas nombraron una “cultura del dinero fácil”, donde el trabajo como valor, que según las narrativas de las personas era constitutivo de la cultura campesina, se vio opacado por el mandato de “conseguir plata a como dé lugar”, o como lo decían en un taller de memoria: “se mutó la mentalidad de los jóvenes al dinero fácil”. La emergencia de esa cultura es descrita en los siguientes términos por uno de los participantes:

Porque recordemos que aquí toda la vida en Guayaquil hubo los “malevos”, atracadores y todo, pero con Pablo Escobar se creó la cultura del dinero fácil y yo creo que desde ahí empieza la gran descomposición, con esas grandes organizaciones criminales que sacaron a los pelaos de las comunas de Medellín o de toda parte, porque no fue solamente de las comunas de Medellín, fue de toda parte (CNMH, hombre, taller de memoria con funcionarios judiciales, 2015).

Esta cultura del dinero fácil aparece como un factor explicativo importante y en relación con lo que se considera una mentalidad propia de los antioqueños:

Los habitantes de esta ciudad son muy propensos al dinero fácil, o sea, esta ha sido una ciudad donde la gente le ha gustado mucho hacer fortuna. Entonces desde el siglo XIX viene esa mentalidad, ¿cierto?, y se dice siempre que la cultura paisa es echada pa’ delante, que es una verraca pa’ los negocios. Entonces ahí está como el caldo de cultivo para que acá los narcos hicieran como su nicho, porque es una ciudad en donde la gente quiere todo rápido (CNMH, hombre, taller de memoria con educadores, 2015).

Sin embargo, analistas como Gustavo Duncan han llamado la atención sobre el hecho de que este elemento cultural preexistente en Medellín no es suficiente para explicar el nivel de incorporación de los nuevos valores que emergieron en la cultura de la ciudad. Siguiendo su perspectiva,

uno de los elementos centrales en la transformación cultural de Medellín consistió en la eficacia con que las redes del narcotráfico lograron instaurarse en una sociedad caracterizada por la valoración de la infracción a las normas —recuérdese ese dicho antioqueño que reza “la plata, tuya o ajena, pero que no falte”— y por la existencia de redes clientelares tradicionales fundamentadas en marcadas jerarquías sociales y en relaciones económicas que tenían “unos niveles mínimos de desarrollo de las relaciones capitalistas entre los sectores populares”. En palabras de Duncan, “La diferencia de los antioqueños con el resto de Colombia no estuvo entonces en la cultura de violación de las normas sino en que este rasgo cultural estuvo acompañado de un mínimo de sentido comercial y de relaciones monetarizadas en las clases bajas” (2011, página 184).

Así, las historias de amigos y familiares que se vincularon a los mercados que giraban en torno a los grupos armados ilegales se hicieron cada vez más frecuentes después de los años ochenta. En estos mercados se podía conseguir altas sumas de dinero en poco tiempo, pero poniendo siempre en riesgo la vida y la libertad. Las imágenes de hombres multimillonarios, con poder, armados, rodeados de mujeres y lujos ostentosos se instauraron como modelo en el diario vivir de los jóvenes. La figura del hombre fuerte, mujeriego y “sin miedo”, que reclamaba la vida de quien deseara, se volvió cada vez más un referente. Los medios de comunicación se apropiaron de estas imágenes y las hicieron masivas en sus programaciones, validando estos modelos en el imaginario colectivo. Estos referentes no sólo provinieron de los actores armados en conflicto, sino que también se producían y circulaban desde otros contextos a escala global.

Estas representaciones y los círculos sociales donde comenzaban a anclarse fueron experimentados por la juventud de la ciudad como un referente identitario a partir del cual dotaban de sentido sus experiencias de vida. En el corazón de estos nuevos nichos culturales se producían códigos, lenguajes y sistemas de valores que rápidamente se extendieron

por la ciudad. Muchos jóvenes encontraron en estos grupos no sólo la promesa del “dinero fácil”, sino también una red de solidaridad e incluso afecto que en medio de la adversidad se hacía seductora.

Así, desde la mirada de algunas personas, los valores éticos se vieron trastocados: era más valorado tener dinero a cualquier costo que aspirar a estudiar —proyecto de vida que implica gran inversión de tiempo— o adoptar una vida laboral en el mercado formal donde, para la mayoría, era más lento y restringido el acceso a bienes de lujo. Así lo afirma una participante de un taller de memoria:

De pequeño nos vendieron la idea: hay que estudiar, hay que salir adelante y una mamá y un papá juntos que estuvieron ahí dando la pelea hasta que lo sacaron a uno adelante. En cambio ahora reinan los antivalores que se volvieron moda, entonces sea ventajoso, ponga la zancadilla, la hipocresía, el afán de consumo, o sea, los antivalores están rampantes (CNMH, mujer, taller de memoria con educadores, 2015).

La valoración de los capitales culturales que se podían adquirir a través de la educación y la formación se vio desplazada por el consumo desmedido y la hipervaloración del capital económico (Duncan, 2011, página 164). Esta promesa del dinero fácil no atrajo sólo a quienes “no tenían nada”, ni estos modelos se restringieron a los barrios periféricos de la ciudad, sino que fueron también adoptados por personas de los sectores medios y de las elites de la ciudad. Una importante cantidad de jóvenes se vieron seducidos por la aspiración de encarnar esos nuevos valores, materializados en el reconocimiento del estatus por parte de sus pares a partir de la tenencia de un carro de lujo, una moto de alto cilindraje o de ser pareja o amigo/a de quien lo tuviera.

Esta matriz cultural naciente reforzó estructuras sociales desiguales que preexistían en la ciudad y en el país. Las desigualdades de género se

hicieron más profundas. En estos modelos culturales emergentes, las diferencias materiales y simbólicas entre hombres y mujeres se hicieron más evidentes, el modelo dicotómico del hombre violento y con dinero frente a la de la mujer débil, bella y sin autonomía ganó una amplia acogida en la sociedad. Los parámetros para las mujeres basados en la hiperbolización de sus atributos físicos se hicieron más fuertes, a la vez que aumentaban las violencias contra las mujeres que exigían autonomía sobre su cuerpo y que priorizaban los capitales sociales y culturales por encima de los capitales económicos y los atributos físicos (Arango Jaramillo, 1988).

La sanción social para los hombres y mujeres que se alejaran de este canon emergente se hizo más agresiva. Estos nuevos referentes no sólo ahondaron las representaciones hegemónicas entre hombres y mujeres, sino que también recrudecieron los imaginarios racistas, clasistas y heteronormativos en la ciudad. Como se vio en el apartado sobre estigmatización, el reforzamiento de la dicotomía masculinidad/feminidad conllevó mayor agresividad contra aquello que no encajaba en el modelo, como el caso de los hombres afeminados o las mujeres masculinizadas. También reforzaron la visión predominante de las personas pertenecientes a minorías raciales y sus tradiciones culturales como lo opuesto al ideal estético y material creciente, y, en medio de la hipervaloración del capital económico, las personas de pocos recursos fueron abiertamente denigradas.

En los distintos espacios convocados para este informe varias personas reiteraron también que una de las afectaciones más profundas en la cultura de la ciudad está relacionada con el “acostumbramiento” a la violencia o, como las personas lo nombran, la “naturalización de la violencia”. Sin embargo, tal como lo han hecho ver quienes se han dedicado a estudiar el fenómeno, hay que tener un especial cuidado con esta idea que en los estudios académicos ha sido nombrada comúnmente como la “banalización de la violencia”. Esta banalización, marcada por una total

desacralización de la muerte, se ha puesto en evidencia en aquella generación que creció desde los años ochenta, especialmente entre aquellos que se vincularon directamente a las dinámicas de la guerra, como lo fueron los “sicarios” de La Terraza o del Cartel de Medellín, para quienes la vida se convirtió en un valor canjeable en medio de estas “subculturas” que se produjeron (Riaño, 2006).

Aun así, esta idea de la “banalización” no es en absoluto generalizable a la mayor parte de la población. Que amplios sectores de la ciudadanía guardaran silencio frente a las violencias no significó necesariamente una “banalización”. El ambiente de terror marcado por el miedo, la desconfianza y la amenaza generalizada de una violencia contra sí produjo que —en medio del replegamiento de la ciudadanía— se construyera un orden donde alzar la voz en defensa de alguien o en contra de la presencia y acciones de los grupos armados fuera suficiente motivo para que estos tomaran represalias. Así ocurrió en muchos casos en los que las personas fueron asesinadas por auxiliar a un vecino o intentar evitar que a un joven lo reclutaran.

Adicionalmente, a pesar de los esfuerzos de organizaciones de la sociedad civil y de organismos del Estado, como la Consejería Presidencial para Medellín, una amplia porción de la ciudadanía no contó con suficientes recursos disponibles para comprender el significado y la dimensión del conflicto armado local y nacional. En el marco de interpretación de la población no estaba la comprensión de los factores que subyacían a estas violencias. Al tiempo, circulaban ampliamente discursos que legitimaban las violencias y reproducían señalamientos estigmatizantes e imaginarios que pusieron el énfasis de la responsabilidad de lo que ocurría sobre las víctimas y no sobre los actores armados.

Como consecuencia de estas escasas comprensiones, es posible identificar en las voces de la ciudadanía dos grandes relatos o formas comunes

a partir de las cuales se explican los hechos de violencia asociada al conflicto armado en la ciudad. La primera de ellas, la de las “víctimas inocentes”, es la narración que emerge cuando la ciudadanía hace afirmaciones tales como: “no sabemos por qué ocurrió, era un buen muchacho”, o “ella era muy juiciosa, no era brincona ni estaba por ahí en la calle”. De otro lado, está la explicación de las “víctimas culpables”, que emerge cuando la ciudadanía justifica la violencia por algún motivo a partir de afirmaciones tales como: “no se metía con nadie, pero se mantenía fumando marihuana” o “es que estaba dañando el barrio”.

La reproducción de estas argumentaciones explicativas ha dificultado la comprensión social y cultural del conflicto porque ha invertido la carga de la responsabilidad quitándosela a quienes han perpetrado la violencia y endosándosela a las víctimas, legitimando así las violencias y las dinámicas mismas del conflicto armado. De tal modo, en gran parte de la ciudadanía se instaló la idea de que algunas vidas importaban más que otras. Algunas violencias fueron repudiadas, pero otras fueron legitimadas de manera tácita. El criterio para que unas vidas importaran y otras no guardó estrecha relación con los imaginarios sociales preexistentes sobre ciertos territorios o personas —como el rechazo de las comunidades a personas de los sectores sociales LGBTI, a líderes y lideresas de líneas políticas no tradicionales, a las mujeres que defendían la libertad y la autonomía frente a su sexualidad o a quienes consumían drogas de uso ilícito— y con la estigmatización que actores armados ilegales, medios de comunicación, organismos de seguridad e instituciones del Estado han proyectado sobre algunas comunidades y sectores sociales en la ciudad. Un ejemplo de esto han sido las acusaciones públicas y los señalamientos que se han dirigido en contra de organizaciones cívicas, políticas y sociales.

En medio de este entramado se produjo en la ciudad una tendencia a habituarse a la violencia que ha llevado a ver estos hechos como “norma-

les” o inevitables, lo cual ha sido ampliamente denunciado por sectores de la sociedad civil, entre ellos intelectuales locales y artistas, quienes han buscado narrar la crudeza del conflicto, al tiempo que buscaban enfrentar las imágenes reduccionistas y estigmatizantes que sobre la ciudad se construyó, por ejemplo, en los medios de comunicación. Este fue el caso de personas como Ehter Gilmour, Víctor Gaviria, Libia Posada o Jesús Abad Colorado (Giraldo, 2016). Lo que obras como las suyas o las acciones políticas que desde distintos territorios se lideraron dejaron ver es que en medio de ese acostumbramiento no dejó de existir un cierto grado de conmoción frente a la violencia por parte de un vasto sector de la ciudadanía.

Medellín es una ciudad en la cual se pueden apreciar los múltiples impactos generados por el conflicto armado en el contexto urbano y que no sólo atañen a sectores sociales y territorios más directamente afectados por la presencia y las acciones de los actores armados sino al conjunto de la sociedad. Todas las dimensiones que soportan la vida íntima, familiar, social, política, cultural y productiva se vieron severamente afectadas, así como la posibilidad de disfrute de la ciudad y el ejercicio de los derechos de libre expresión, movilidad y participación política. Las múltiples pérdidas dieron lugar a una variada gama de reacciones, miedo, rabia, dolor, desconfianza; sin embargo, no tuvieron un efecto paralizante y se convirtieron en un factor que sirvió de acicate para sobreponerse a la adversidad y construir variadas formas de respuesta, aspecto del cual se dará cuenta a profundidad en el siguiente capítulo.



📷 Festival Internacional de Poesía. Plano general del acto de inauguración del 24FIPM en el Teatro Carlos Vieco. Medellín, 19 de julio de 2014. Fotografía: Natalia Rendón.